

MIGUEL MÜLLER

**Un hijo de Don Bosco
y un caballero de
María Auxiliadora.**

PRESENTACION

Un Bello Testimonio de Confianza en Dios y de Devoción a M. Auxiliadora

Casi a 80 años de haber llegado a éste mundo y más de medio siglo de haber arribado a Colombia, he leído con interés este original del resumen autobiográfico del Reverendo Padre Miguel Müller. Es conocido por algunos de sus amigos más cercanos varios de los cuáles le han insinuado su publicación. Yo mismo se lo he insinuado y la respuesta de sus labios ha sido: aún no, está incompleto, le faltan algunos datos sobre todo de los últimos años.

Pero el Rev. Padre Jaime García, otros Salesianos y algunos exalumnos estamos convencidos que esta reseña autobiográfica no debe pasar desapercibida y es hora de hacer una edición así sea modesta de ella, para que poco a poco su difusión sea mayor, ya que constituye no tanto la autobiografía de un teutón en misión apostólica en un país como el nuestro, totalmente distinto al de su origen en ancestros, geografía, costumbres, idioma e idiosincrasia, su adaptación al mismo, sus pa-

decimientos, sus trabajos, sus logros, sus tristezas y alegrías, sus momentos de gloria cristiana; sino por sobre todo ello, un bello testimonio de Fe, de confianza en Dios, de vocación religiosa y de amor a la Santísima Virgen en su advocación de "AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS". Un testimonio de amor al prójimo y entrega al servicio de una causa: la propagación de nuestro suelo de la devoción a **MARIA AUXILIADORA**. A Ella dedicó su vida y los logros y frutos están a la vista en los miles de templos hoy existentes en Colombia por él erigidos a su paso.

No me equivoco al decir miles, porque se podrán contar los de ladrillo y calicanto pero son incontables los miles de templos por él erigidos en el corazón y en el alma de los cristianos, a la **VIRGEN AUXILIADORA** después de haber sido sus discípulos o sus feligreses y haber oído su palabra. Siendo uno de ellos, doy testimonio en este breve prologo, de la fecundidad espiritual de este apóstol moderno de la devoción Mariana.

Rafael Darío Rolón Duarte, M.D.
Presidente de los Caballeros de M. Auxiliadora
Cúcuta. Enero de 1986

PROLOGO

Viejo querido gracias por tu amor a María Auxiliadora y a San Juan Bosco

Qué significativo poder publicar una Autobiografía en vida del autor. Al leerla todos sus amigos y conocidos podemos alabarle, felicitarle, bendecirle (en su sentido etimológico -decir bien-). La Escritura nos anima también a mostrar las buenas obras, para que todos glorifiquen al Padre, que está en los cielos.

Hay además un motivo muy simpático. Esta autobiografía ha sido editada con la ayuda de los amigos del P. Müller. Es un homenaje que ellos quieren tributar al amigo querido.

Ya cumplidos los 80, una edad de plenitud, el P. Müller ostenta su sencillez de niño. Contempla con entendimiento lleno de amor su larga vida, todos los personajes que han intervenido, las delicadezas de la Providencia. Es una vida que anima, que tiñe de vivos colores la existencia.

Esta autobiografía es sobretodo un monumento a la Virgen Santísima Auxiliadora de los Cristianos.

El P. Müller nació con esta devoción, en ella lo educó su madre.

Allá en Baviera la devoción a la Virgen con el título de Auxiliadora es plurisecular, es anterior a S. Juan Bosco. Allá surgió la primera Archicofradía.

S. Juan Bosco a los nueve años, soñó que la Virgen lo enviaba a apacentar ovejas, a cuidar de los niños.

En los prados idílicos de Baviera el P. Müller tuvo la misma visión.

La vida del P. Müller después de su sacerdocio es un peregrinar acompañado por María Auxiliadora. Le levantó Iglesias en Mosquera, en Cúcuta, en Neiva, en Bucaramanga, en Ciénaga...

Decenas de capillas y monumentos engalanan los campos de Colombia, los cruces de los caminos.

Se trata de Iglesias artísticas, espaciosas, ornadas con altares, con campanas. Campanas lanzadas al viento y que esparcen himnos de amor a la Virgen, que animan a la gente, que llenan el aire de suaves melodías.

D. Bosco, en punto de muerte repasando su vida, recordando las labores de 50 años, exclamaba: "Todo lo ha hecho María Auxiliadora, cuán buena es María Auxiliadora".

Así el P. Müller en una vida más larga que la de S. Juan Bosco, tributa a la Virgen el homenaje de la entrega de la totalidad de su vida. Como el Papa Juan Pablo II puede exclamar: "Todo tuyo soy María".

El P. Müller es el caballero andante de la devoción a María Auxiliadora. Los milagros que narra son una mínima parte de todas las dádivas de la Virgen. Ha visto su vida engalanada con las delicadezas maternas de María. Parece que existiera un pacto "Yo Oh Virgen para tí, Tú para mí".

Esta autobiografía es pues un tratado vivido de la devoción a María Auxiliadora. Responde a las mejores tradiciones de la Iglesia.

Los que hemos vivido con él, desde los primeros años de su vida religiosa, podemos atestiguar el fervor de su entrega a la Congregación Salesiana. Nos llevaba unos años y por eso lo apedillamos "el viejo Müller". Era maduro en su carácter lleno de bondad, en su espíritu de servicio. Cuidaba los enfermos como el mejor de los enfermeros.

Brillaba en los estudios. Admirábamos su dominio del latín y del griego, su facilidad para la matemática y las ciencias naturales.

Su presencia suscitaba una ola de familiaridad y de cariño.

Pudimos admirar también su paciencia en aceptar las contradicciones que no pueden faltar en la vida de comunidad.

Su ideal era claro y preciso. Se hizo colombiano en el más bello sentido de la palabra.

Su sacerdocio fue una aceptación madura de lo que comporta la misión: enviado a los hombres con el espíritu de Cristo.

Por su madurez fue nombrado párroco al poco tiempo de ordenado. Se lanzó en nombre de María a las más arduas hazañas.

Rodeó la parroquia de monumentos en honor de la Virgen.

Con la ayuda de todos los fieles le levantó en Mosquera el más bello templo. Nosotros fuimos testigos de los pequeños y grandes milagros.

Era el centro de la parroquia, era el consejero de todas las familias. Atendía con amor de predilección a los niños, a los pobres, a los enfermos.

En Mosquera, Cúcuta, Neiva, Bucaramanga, Ciénaga dejó una huella de su personalidad bondadosa, servicial, que le procuró un número grande de amigos.

El P. Müller es un monumento dentro de la Congregación Salesiana. En el año centenario de la muerte de S. Juan Bosco podemos señalar su vida admirable, su salesianidad profunda.

Su ejemplo atrae vocaciones.

El Señor le ha concedido una larga vida, ha visto el fruto de sus desvelos.

Viejo querido: recibe el homenaje cariñoso de todos los Salesianos, de todos los amigos de la gran familia salesiana. Gracias por todo lo que has hecho, por los ejemplos que nos ha dado.

Gracias por tu aliento espiritual, por tu amor a la Virgen y a S. Juan Bosco...

Que permanezcas entre nosotros por muchos años.

P. Rosario Vaccaro, S.D.B.

"TU ESTAS PERDIENDO EL TIEMPO ARANDO POTREROS..."

Nací el 17 de Septiembre de 1906, como primogénito de una familia de 6 hijos, 3 varones y 3 mujeres. Mis padres eran campesinos en el estado de Baviera superior, en las vecindades de Munich. Nuestra casa quedaba sola en la campaña, cerca a un bosque y un riachuelo. No tuvimos vecinos. Nuestra vida de niños comenzaba todos los días con la oración en común; después la ida a la escuela. En las horas libres tuvimos que ayudar en la granja desde nuestra más tierna juventud. Los domingos la misa era algo tan natural que no recuerdo haberla dejado una sola vez. En el mes de mayo tuvimos que ir a los prados a coger flores silvestres, por cierto muy bellas, para hacer el Mes de María ante un altar que bajo la dirección de nuestra madre se erigía en la sala. Mi madre tenía devocionarios antiguos con unas oraciones hermosísimas que ella sabía ya en gran parte de memoria. Eran las antiguas invocaciones a María Auxiliadora que hoy, todavía se usan para la devoción mariana en Baviera. Teníamos que contestarlas y repetirlas y entonar algunas canciones. Así insensiblemente infundió nuestra madre en noso-

tros un amor muy profundo a la Virgen, que ha quedado en todos los 6 hijos como una herencia sagrada, como algo sustancial de nuestra vida. También encontraba ella nuestra frecuencia de sacramentos. "Miguel", mañana domingo nos vamos a confesar". Ello significaba que había que levantarse temprano, atender al ordeño, dar pienso a los caballos y ganado en los establos, vestirse con traje dominguero e ir en ayunas a la iglesia que quedaba a 2 kms. de distancia, ponerse en fila ante el confesionario, oír misa, comulgar, volver a desayunar, que consistía en café con leche, pan y mantequilla y unos buñuelos que ella sabía hacer con maestría.

Cuando terminé mis estudios en la escuela, con óptimos resultados, me preguntó mi madre: Miguel, quiere ir al Seminario?. Yo lo pensé unos días, y le dije que para ello se necesitaba vocación y yo no sentía esa vocación. No había llegado mi hora todavía. La vida libre del campo me fascinaba; me gustaban los caballos; la agricultura me encantaba, pensaba en mejorar los cultivos, en ser alguien. Había descubierto en mí ciertas dotes oratorias. Me gustaban los libros; pensaba formar una pequeña biblioteca.

Nuestro padre era un hombre sencillo; tenía sin embargo un espíritu superior a sus coetáneos. Era un enamorado de la naturaleza. Conocía la cadena de los Alpes desde el Lago de Constanza hasta Salzburgo; y hacía cada año en compañía de amigos campesinos, como él, excursiones a los Alpes.

Lo apreciaban sus compatriotas y lo admiraban por sus conocimientos geográficos e históricos de los lugares que visitaban. De él heredamos todos esa abertura para el mundo, ese interés por la geografía universal, esa ansia de aprender y conocer el mundo, que a tres de sus hijos debería llevar fuera de las fronteras patrias, hasta la punta del África y hasta el continente Americano. Vivimos unidos en nuestra familia hasta el año de 1926, que se puede llamar el año decisivo en nuestra vida. Es de notar que nuestra madre era un espíritu muy progresista; nos alentaba en nuestros proyectos juveniles, además sabía ahorrar y no malgastaba el dinero. El año 1921 se ofreció construir una caballeriza; yo entonces sentí cierta vocación por la construcción y me convertí en motor principal de aquella obra; lo mismo en el año 1925, cuando nuestros padres resolvieron construir una casa nueva; yo insistí en que la construcción fuera novedosa, fuera de línea y de un gusto arquitectónico poco común entonces; así la Providencia me llevaba poco a poco por el camino que debía más tarde seguir.

Llegó el año 1926. Habían anunciado una misión en la parroquia. Llegaron los misioneros; unos reverendos padres Franciscanos predicaron con tal eficacia que mi hermana María, muchacha de 18 años resolvió hacerse religiosa misionera; aquello fue fenomenal; era algo insólito; no había antecedentes de esa naturaleza ni en la familia ni el pueblo; en la familia se formó el grupo de oposi-

ción: se consideraba aquello como una ingratitud hacia los padres; fue entonces nuestra querida madre quien tomó resueltamente el asunto en sus manos: Si tienes vocación, hija, vete tranquila; yo me las sabré arreglar en la vida; y enseguida comenzó a comprar telas para hacer el ajuar a la hija que en breve tiempo partiría para el convento, a Suiza, después a Inglaterra y después al Africa. Pero antes de partir María hacia el continente negro, yo ya había resuelto también mi situación; fue en los últimos días de la misión; uno de los padres llevaba la comunión a un enfermo; yo estaba con un par de caballos arando el campo para la siembra del trigo, cuando al pasar el sacerdote con el Santísimo sentí una voz que decía: "Tú estás perdiendo el tiempo arando potreros; esto pueden hacerlo otros tú podrías ser sacerdote también para salvar almas". Al término de aquella jornada resolví hacerme sacerdote, si esto era la voluntad de Dios; mi voluntad ya era firme; sólo quería conocer mejor la voluntad de Dios, para no ser víctima de una ilusión. Comencé a pedir a Dios, a rezar con más fervor, a frecuentar más los sacramentos; ya me retraía de las diversiones de mis compañeros. Qué le pasa a Miguel? Se irá al convento también, como su hermana?

A mis padres les ocultaba mis pensamientos, pero obraba en secreto. Visité el convento de los Padres Capuchinos -muy queridos en nuestra Baviera-; miraban a ese muchacho campesino, y decían que para sacerdote ya era tarde (yo tenía

21 años cumplidos); para hermano lego sí. Les dí las gracias un poco contrariado.

A los 8 días fui a ver al superior de los PP. Jesuitas en Munich me dijo que para estudiar latín ya era demasiado tarde: que era un idioma muy difícil (y pensar que más tarde aprendí tan bien el latín que llegué a dominarlo hasta hacer versos, y fui por 10 años profesor de latín en nuestras casas de formación). Me invitó a hacerme hermano en la Compañía, y me despidió. Fue cuando llegó a mi casa el almanaque salesiano que editaban los padres de la casa de Munich; en él encontré un aviso que invitaba a jóvenes mayores de edad con vocación sacerdotal a dirigirse con confianza al Provincialato Salesiano de Munich. Al fin hice la confidencia a mi madre; se alegró muchísimo, y me prometió toda su ayuda. A mi papá no le dije nada por el momento, a sabiendas de que se opondría, ya que yo era el mayor de los hijos de la finca. Me fui a Munich, busqué la casa Salesiana; era el predio u complejo de edificios de una casa asistencial que el gobierno había cedido a la Comunidad Salesiana; todo era grande, limpio y pobre. Cuando entré a la casa se oía desde algún lugar el canto del Ave María Stella; aquellas melodías eran para mí tan atrayentes que en seguida tenía deseos de quedarme de una vez. El padre Prefecto, que salió, me recibió con mucho cariño y me decía que me apurara en venir, que el nuevo año ya había comenzado, y que cuanto antes debía regresar para no quedar atrasado en

los estudios. Ahora sí la cosa se volvió seria. Pedí en Altotting, el más antiguo santuario de María Auxiliadora en el mundo, a la Virgen que me iluminara y me confortara en la vocación. Salí de esta entrevista con la Virgen, resuelto y seguro de seguir mi vocación. Hubo una rápida y dramática despedida en mi casa, y me fuí a Munich resuelto a hacerme Salesiano y sacerdote. Era el 11 de Octubre de 1927, fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen.

ASPIRANTE SALESIANO

La entrada a la casa Salesiana de Munich significaba para mí un cambio total en mi vida, primero, no estaba acostumbrado a la vida sedentaria; y segundo, nunca había vivido en ciudad, ni siquiera en poblado. Nuestra casa era una casa solitaria en el campo como dije atrás y sin vecinos; rodeada de prados, trigales y bosques; cerca a dos caudales de agua limpia; ideal para pasar una juventud feliz. Los animales de la granja eran nuestra distracción. Mis padres criaban caballos, terneros, cerdos, gallinas, gansos; y nosotros teníamos conejos, palomas, pescábamos en los ríos, conocíamos las huellas de todos los animales de caza, el zorro, el venado, la liebre, el faisán, la perdiz. En las mañanas trinaban las aves en los árboles. En la primavera nuestros establos se llenaban de nidos de golondrinas. Eran una vida bucólica en la más grande aproximación.

En los estudios me fue mejor de lo que esperaba. El latín me fascinaba; en pocos meses alcancé en esta materia el primer puesto del curso, y lo mantuve hasta el final de mis estudios. Dominaba el alemán con facilidad; la primera redacción en este

idioma versaba sobre una excursión a la Catedral, que hizo el curso para oír el sermón del Cardenal. Como premio, la mejor redacción debería ser leída en clase; con gran asombro escuché la lectura de la redacción premiada: fue la mía.

Al final del año volví a vacaciones a mi casa. Había obtenido las mejores calificaciones del curso. Había entre nosotros un gran grupo de las llamadas vocaciones tardías; muchachos de la misma edad que la mía, de diferentes partes de Alemania y Austria, de distintas clases sociales pero todos animados por un mismo ideal: ser sacerdote de Cristo. El camino por andar nos parecía largo e interminable. Hombro a hombro luchábamos, rezábamos y estudiábamos; y cada año ganado nos aproximaba más a la deseada meta.

Durante mis años de aspirantado fui la persona de confianza del Padre Director y del Padre Prefecto. Nos habían llevado a otro aspirantado en la Provincia de Suabia, a un antiguo convento de Cartujos. Centro de un pueblo de campesinos, yo era entonces una especie de secretario de relaciones exteriores; conocía a todos los vecinos y bienhechores; aprendí a pedir favores y ayudas de diversa índole, ora la traída de un mercado o de un viaje de arena, o el transporte de un mueble. Como yo sabía el manejo de caballos, en unas vacaciones le traje al P. Prefecto 100 viajes de arena para una construcción en el convento. Estas frecuentes salidas no menoscababan mis estudios:

siempre mantenía la supremacía en la clase, pero me enseñaban a tratar con la gente, a ser agradecido y atento con mis bienhechores, cosa que más tarde me debería servir muchísimo en la misión a que Dios me tenía destinado. Tenía además otra ventaja que para nosotros no era de despreciar: esta buena gente se compadecía de nosotros, y casi nunca salía yo de sus casas sin haber tomado unas buenas onces de pan, mantequilla y queso y un buen jarro de mosto, zumo de manzanas fermentado que hacían en aquella región, rica en frutales; era para mí una alimentación suplementaria que completaba a menudo el menú un poco escaso de la cocina del aspirantado. Pasamos los años felices. No conocimos el cine. Dos o tres veces al año preparábamos una función teatral que cogía fama en la región, llenaba de bienhechores el salón y de buenas dádivas la bolsa.

EL NOVICIADO

Yo seguí firme en mi vocación; hice la petición para ser admitido en el noviciado. Nuestro noviciado comenzó -si recuerdo bien- el 5 de agosto de 1931, en Ensдорí, del Palatino Bávaro, diócesis de Ratisbona; había sido una abadía benedictina; existía la catedral abacial; hasta la cervecería funcionaba todavía, como testigo de tiempos pasados en los que los benedictinos fueron los maestros en el conocimiento del líquido de cebada, bebida tan típicamente teutona como la champaña lo es de Francia.

Llegamos 125 novicios Salesianos, del norte y del sur de la Silesia y del Rhin, bávaros, austríacos, prusianos y suabos. Veníamos de 4 ó 5 aspirantes diferentes, cada uno con su característica propia. En seguida se estableció una sana emulación entre los diversos grupos; había materia prima para todo: se formó pronto una orquesta; había pintores, artistas de teatro, poetas, expertos de electricidad, panadería, cerrajería, pintura... un mundo completo. Ya entonces pensé que grande es una comunidad que de la noche al día se ve enriquecida con un grupo de hombres capacitados para trabajar en todas las actividades humanas.

Nuestro maestro de novicios era un sacerdote bávaro; de vocación tardía como nosotros, formado en la escuela de Don Rua, en la casa de Penango, Italia, que los Salesianos tenían en aquella localidad para las vocaciones tardías del norte de Europa; era un hombre de sólidos principios religiosos y teológicos, y sobre todo de un ojo clínico excepcional para discernir. Todos convencidos de que a ese hombre no se podía engañar, y le habríamos nuestro corazón de par en par, con una confianza ilimitada.

Celebrábamos las fiestas religiosas con pompa episcopal; la hermosa iglesia abacial con un esplendoroso barroco nos servía de escenario. La primera ceremonia solemne fue la vestición de sotana, en la fiesta de Cristo Rey de aquel año; éramos 80 clérigos y 45 legos, que recibimos la sotana y la medalla, respectivamente, aquel día; con el cirio en la mano derecha, sobre plegada la nueva sotana, marchamos de dos en dos por la anchurosa nave, bajo los acordes solemnísimos del órgano de la iglesia, cantando a pulmón pleno el Magnificat de la Santísima Virgen.

Había llegado para esta ocasión mi padre y un tío con manos temblorosas ayudaron a abotonar la sotana. Mi padre ya se había resignado a mi determinación, y por primera vez se sentía orgulloso de tener un hijo sacerdote.

Era constumbre en el noviciado celebrar la fiesta de María Auxiliadora con asamblea de bienhecho-

res y actos teatrales al aire libre; aquello fue grandioso; me encargó el P. Maestro de dar en el comedor el saludo a los invitados, y de redactar el acta de la fiesta para la hoja que salía mensualmente del convento y que se llamaba "Campanitas conventuales de Ensdorf".

Según el reglamento del Noviciado, debía formarse entre los novicios el círculo misional, al cual debían pertenecer todos los novicios. Había en Alemania en aquellos años exceso de vocaciones sacerdotales; la comunidad salesiana crecía como una esponja y estaba ya incapacitada para absorber toda aquella afluencia de vocaciones. Se pensaba entonces hacer una propaganda misional intensa para mandar el mayor número posible de clérigos y coadjutores a los campos de acción en América Latina y en Asia. Todavía carecíamos de televisión y de cine; se aprovechaban las constantes visitas de misioneros para pedirles que nos hicieran conferencias y nos narraran sus actividades. Se hacían cursillos misionales, veladas referentes a temas afines, para el Día de Reyes 6 de enero de 1932.

El P. Maestro me encargó de hacer una velada misional; no teníamos nada, pero en término de 8 días montábamos una función magistral; un novicio pintó en carbón el retrato del Papa Pío XI, el Papa de las misiones; yo compuse unos versos épicos al Papa; otro los aprovechó y los recitó; un tercero se encargó de la música; un cuarto com-

puso unas escenas navideñas; otro grupo las ensayó en el escenario; un quinto se lució con unos coros a varias voces. El discurso de fondo estaba a mi cargo. En fin, presentamos una velada misional que mereció de parte del P. Maestro, tan parco en alabanzas, un público aplauso.

Al fin del Noviciado se fueron 35 profesores a las misiones y yo no estaba entre ellos. La provincia alemana, que apenas fue erigida en 1916, era extremadamente pobre. La primera Guerra Mundial había dejado a Alemania por el suelo. La comunidad tenía apenas unas pocas casas, y todas estas llenas de deudas; la comida era pobre y poca; sobre todo para alimentar cada año a 100 novicios (nosotros, ya lo dije éramos 125) y otros tantos filósofos; los recursos eran insuficientes; yo tal vez había tomado la ascética del Noviciado demasiado en serio; y añadida la escasa alimentación, me iba debilitando en la salud hacia la segunda mitad del año; una tos persistente me atormentaba; al fin me presenté al P. Maestro: "Miguel -me dijo-, no te afanes; tienes que tomar onces a las 10 de la mañana" llamó por citófono a la cocina y ordenó que me dieran diariamente 2 huevos cocidos y una taza de leche, a las 10 de la mañana. El susto mío no era tanto por la enfermedad sino porque me podrían rechazar de hacer los votos; toda vez que entrara a las bóvedas frías del templo me venía un acceso de tos que me sacudía por dos o tres minutos.

MACAO, HONG KONG...? COLOMBIA!

Llegó el día anhelado de la I Profesión. Yo pedía al B. Juan Bosco que no me dejara toser; me hizo el milagro; no tosí durante toda la larga función; ya era salesiano. Había hecho la petición de ir a las misiones; durante el almuerzo de aquel día repartían las primeras obediencias. Obediencias a ultramar; a dónde? Al Japón, a la China, a India, a Cuba, al Brasil. A mí me tocaba ir a Macao, frente a Hong Kong, con otros dos compañeros. Vacaciones inmediatas, a la casa, de 17 días, para despedirse de la familia y coger barco en Génova. Todo estaba listo y calculado ya. Pero yo no me sentía feliz. Presentí que aquel viaje no se podía realizar, y así fue. Me fui a la casa para despedirme. La primera salida al público con sotana clerical. Me parecía que todos me iban a mirar, sí me miraban: los de mi pueblo, y me saludaban; "Buenos días, HERR MÜLLER". Pero la ilusión fue corta: a los pocos días sobrevino una hemorragia nasal fuerte y fiebre; el médico, el viejo de familia fue llamado, el dictamen fue categórico. Nada de ir a misiones; ir a la cama 2 meses; pulmón

afectado; reposo absoluto. No hubo más remedio que obedecer. Los superiores no dieron mucha importancia al incidente, y me ordenaron volver a Ensdorf a seguir los estudios de filosofía. No tomé ningún remedio; con el solo descanso y una buena alimentación me repuse en 3 meses, de tal manera que pude comenzar los estudios y resistir sin perjuicio el duro impacto del invierno. Eramos 52 estudiantes de filosofía, y nos estábamos preparando para obtener el diploma de bachiller alemán; fue fructuoso, y doy gracias a la provincia de habérmelo proporcionado. Anticipándonos a los tiempos modernos, a insinuación del P. Pils, consejero de estudios, tuvimos que formar un consejo estudiantil; de los 52 votantes reuní 45 para ocupar la presidencia: me había conquistado la confianza del curso entero. En general reinaba entre nosotros un espíritu admirable como nunca habría de encontrarlo después. Para frenar la afluencia de más novicios, los superiores intercalaron otro año de estudios secundarios más, antes de entrar al noviciado; de manera que hubo un año sin novicio, pero el año siguiente hubo de nuevo 120.

Mientras tanto se verificó en Alemania un cambio político radical; aquel año subió al poder Adolfo Hitler; nosotros habíamos votado en contra suya; al principio parecía que todo marchaba bien; pero poco a poco comenzó a reinar un ambiente de zozobra e intranquilidad y sobre todo de inseguridad; todo indicaba un desenlace fatal. Nuestra meta sacerdotal, por la que tanto habíamos lu-

chado, se vió de un momento a otro seriamente amenazada. Mi salud había mejorado notablemente, así que hice de nuevo la petición para ser mandado a las misiones, y conmigo varios compañeros hicieron lo mismo; queríamos salvar nuestra vocación y sobre todo no queríamos luchar por la causa hitleriana. Nuestra petición fue aceptada, y esta vez el país de mi destino era Colombia. Se motivó mi viaje hacia Colombia por sus buenos climas en que varios Salesianos alemanes afectados con enfermedades pulmonares habían encontrado la salud, como en el caso del P. Francisco Miller, a quien los médicos habían desahuciado que vivió en Colombia todavía más de 30 años.

Muy grande era mi curiosidad acerca de dónde quedaba esa Colombia; mis conocimientos geográficos me decían que era uno de tantos estados indoamericanos; el mapa me informó de sus límites, de su posición geográfica. Colombia tenía entonces unos escasos siete millones de habitantes, con un territorio que era el doble de Alemania. Había que aprender el español; el aprendizaje del idioma no presentaba mucha dificultad, por el conocimiento del latín y del italiano que ya yo tenía. El viaje fue fijado para el día 21 de octubre de 1933, del puerto de Génova, Italia; debíamos pasar unas semanas antes de esa fecha en nuestra casa madre, en Turín; tras un bello viaje en tren, atravesando el lago de Constanza en un barco de turismo, llegamos primero a Suiza. Eramos dos clérigos: el hoy P. Julio Mihm, un muniqués, y mi persona.

Para entonces ya Alemania estaba completamente dominada por el Nacismo; en todas partes se veía la bandera roja con la cruz gamada; el saludo oficial era alzando la mano derecha y diciendo: "Heil Hitler"; nunca usábamos nosotros ese saludo que me parecía desde entonces ya ridículo e indigno de un hombre libre; todo el mundo tenía el presentimiento de una catástrofe, pero nadie sabía en qué iría a consistir esa catástrofe; al despedirme de mi hermano, cerca a la frontera, resulté profeta, pues le dije: "José, adiós; va a venir una guerra terrible, y esa guerra la vamos a perder, porque otra vez, todo el mundo está contra nosotros".

Por la bellísima vía férrea Zúrich-Milán llegamos a Italia; era la Italia de Mussolini; todo nos parecía distinto: la gente, las casas o viviendas, la agricultura: vimos inmensos viñedos y cultivos de morera para alimentar los gusanos de seda, pues Milán era la sede mundial de la elaboración de seda natural; las casas campesinas nos parecían más modestas y pobres que las de igual grado en Alemania; admiramos el aprovechamiento absoluto del suelo: en una misma área vimos cultivos de manzanas, peras, uvas, hortalizas y patatas, que demostraban el alto espíritu de trabajo de sus dueños.

Era el año santo de la Redención; en la catedral de Turín estaba expuesta la Santa Sábana de Nuestro Señor; los peregrinos que en ese año iban a Roma, a su regreso pasaban por Turín para vene-

rar la Santa Síndone, y obligadamente hubieron de visitar la Basílica de María Auxiliadora; y así, un día apareció en las puertas de la iglesia la peregrinación de unos mil salesianos guiados por un obispo; celebraron misa en el santuario; entonaron sus canciones marianas en alemán; el prelado les predicó en alemán; eran de la antigua provincia de Alsacia, tan discutido retazo fronterizo entre Alemania y Francia, que aquella tuvo que ceder a ésta tras perder la primera guerra mundial. Los días en Turín pasaban muy rápido; fuimos a la clausura de la exposición de la Sábana Santa; los cardenales de Turín y Bolonia sacaron la sagrada reliquia al atrio de la catedral, para mostrarla por última vez al pueblo; hubo aplausos y batir de pañuelos; después fue guardada nuevamente en la capilla real de la catedral; esa preciosa reliquia exhibe, en negativo fotográfico, las dimensiones y perfiles del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en el Santo Sepulcro, y es propiedad privada de la familia real de Saboya. Al final de la ceremonia asistimos al desfile de una unidad del ejército italiano que nos pareció, en disciplina y dotación, muy inferior a lo que estábamos acostumbrados a ver en ocasiones similares en Alemania.

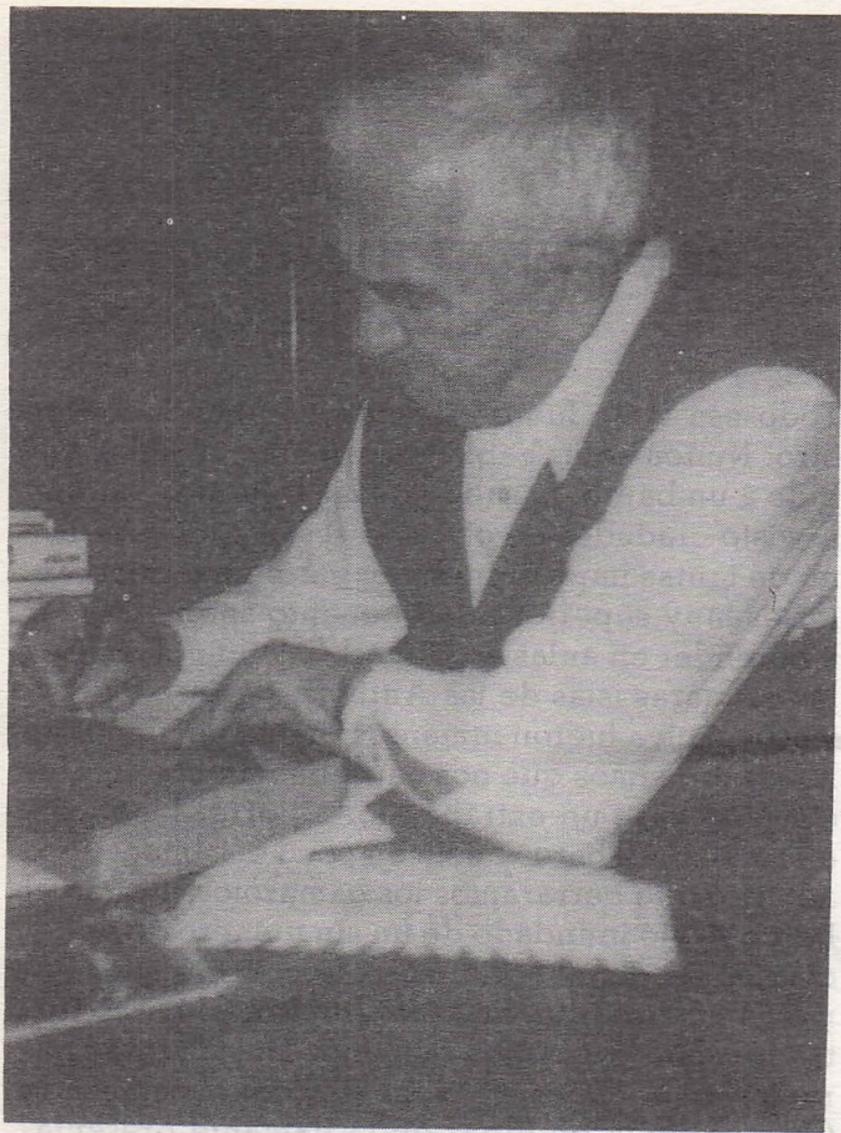
En Turín se nos juntaron otros dos alemanes que debían completar nuestra expedición; eran los señores Enrique Schwarz y José Préstete, quienes aún vestían traje civil y debían entrar a nuestro noviciado salesiano en Mosquera; con ellos y otro

grupo más numeroso de italianos, bajo la guía de los RR. PP. Carlos Julio Rojas y Andrés Ferro, formamos el batallón que envió la comunidad a Colombia; la despedida fue rápida y subimos en Génova a una motonave de 12.000 toneladas, cuyo nombre era Orazio y que hacía su segundo viaje. El barco estaba lleno de emigrantes, en su mayor parte italianos; el primer puerto que tocábamos fue Marsella.

Había en toda Europa por entonces una extraña atmósfera de nerviosismo por el advenimiento de Hitler al poder. Nos demoramos dos días en Marsella; visitamos la catedral y en ella la tumba de Mons. Manuel José Mosquera, de quien nos contaron que siendo arzobispo de Bogotá fue desterrado por su propio hermano presidente de la república y que murió exiliado en esa ciudad. Subimos, por un anticuado funicular, al santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en donde admiramos muchos exvotos de marineros. Entre los puertos del Mediterráneo era entonces Marsella el más sucio; un día más tarde llegamos a Barcelona, no sin pasar por un tremendo huracán en el golfo de Marsella, el cual tuvo como efecto que la mayor parte de los pasajeros pagaron su tributo a Neptuno. Por Barcelona había pasado poco antes de la primera oleada de la revolución. Salir por las calles con sotanas era exponerse a insultos; sin embargo fuimos muy bien recibidos por los salesianos, los mismos que dos años más tarde habrían de sucumbir bajo las balas comunistas y cuya causa de canonización esta introducida.

"EL VIAJE MAS EXCITANTE QUE SE PUEDE IMAGINAR..."

Todo ese viaje fue de descubrimientos uno tras otro. Nunca antes había visto el mar, ni había subido a un barco, ni salido de las fronteras patrias, ni visto ciudades de otros países. Mi alma se llenó de tantas impresiones y experiencias cuyo valor es muy superior a todo cuanto se puede leer y aprender en aulas escolares. Cuando divisamos las primeras islas de las Antillas, nuestra alegría y expectativa fueron inmensas; había pequeños islotes verdísimos que nos causaban mucha impresión; sentíase un extraño olor a tierra. Llegamos a Trinidad. El barco ancló un poco distante; se nos advirtió que cerráramos los camarotes. Pronto el barco se vió inundado de un sin número de negociantes de chucherías: nos ofrecían de todo como en un baratillo. En botes trajeron al barco frutas frescas. Esa noche comimos las primeras naranjas americanas en la mesa. Seguimos para la Guayra, que, en lugar de la flamante presentación que hoy tiene, mostraba un aspecto miserable. Un grupo de salesianos de la vecina Caracas estaban en el muelle: esperaban la expedición sa-



... que hoy tiene, muestra un aspecto misera-
ble. Un grupo de salteadores de la vecina Caracas
estaban en el pueblo: separaban la expedición sa-

lesiana con destino a Venezuela que no llegó. En unos taxis que nos parecían inmensos nos llevaron a Caracas. Caracas entonces no tenía todavía ese semblante moderno y pujante de hoy: era una ciudad de casas bajitas dormida en un valle andino, sin ofrecer mayor atracción turística. El próximo puerto era Puerto Colombia, nuestro puerto de destino. La tensión crecía por horas. Vimos pasar la Sierra Nevada, la cumbre más alta de Colombia. Al ver desfilar entre mis ojos esas hermosas montañas verdes tuve gran emoción y el presentimiento de que esa sería, un día, la tierra de mi destino, de mi trabajo, el campo inmenso de mi sacerdocio, de mis luchas y triunfos. Desde lejos mirábamos con ansiedad para ver el puerto; no había tal puerto; en cambio vimos los contornos de un muelle largo que entraba unos dos kilómetros en el mar: el famoso muelle de Puerto Colombia. Por el centro de ese muelle iba un par de rieles para el ferrocarril, que unía el puerto con la vecina ciudad de Barranquilla. Sobre el muelle vimos un grupo de sacerdotes y un obispo que nos estaban esperando. El obispo era Mons. Comín, vicario apostólico salesiano en la cercana república del Ecuador; el resto el P. Roberto Pardo Murcia y demás salesianos de la casa de Barranquilla.

El recibimiento fue por demás cordial. Había en Barranquilla un colegio salesiano en construcción y una iglesia estilo gótico recién terminada. Hacía un calor infernal. En la comida nos sirvieron

por primera vez papaya, una fruta que entonces me repugnó por su ligero sabor a podredumbre. En aquellos años aún no había tráfico de pasajeros por avión a Bogotá. La escaza, línea aérea fundada por expilotos alemanes de la primera guerra mundial, atendía el transporte del correo entre la capital de la república y Barranquilla, con unos trimotores tipo junker. La única vía de comunicación con el interior del país era el río Magdalena. No había ferrocarril ni carretera, cosa que nos parecía inverosímil. Hicimos el viaje en el buque David Arango, movido por un motor diesel, con una gran rueda de paletas traseras. Fue el viaje más excitante que se puede imaginar. Se agregaba el hecho de que aquel año el río se había desbordado por ambos lados, y por el centro del caudal traía islas enteras, enseres de casa, árboles y animales muertos, lo que hacía muy peligrosa la navegación y en algunas noches imposible.

Aprendimos las primeras lecciones en español. Conocimos frutas exóticas, como el aguacate, el zapote, el plátano hartón. Vimos árboles gigantes a lo largo de la orilla del río. En los bancos de arena se asoleaban multitudes de cocodrilos y tortugas enormes. En las ramas de los árboles vimos manadas de micos haciéndonos gestos; y de vez en cuando cruzaban sobre el barco bandadas de loros verdes que llenaban el aire con su estridente chillido.

La gente que vivía en aquellos parajes nos infundían lástima por la extrema carencia de todos los

bienes de la civilización. Para ellos los barcos que pasaban por el río era la única imagen que poseían de otro mundo en existencia. Nosotros para ellos éramos una especie de astronautas. La vida de esos ribereños me parecía muy difícil, si bien el río les proporcionaba alimentos y era la vía de comunicación entre sus pueblitos, sin embargo hasta entonces carecían de toda asistencia social; sin escuelas, sin médico, sin drogas, el único que se preocupaba de ellos era el sacerdote, que los iba visitando periódicamente. Su fe debía ser tan primitiva como su instrucción.

Nuestra meta era la Dorada. Pero la Vía férrea La Dorada-Bogotá estaba bloqueada por el invierno. Cogimos el tren Ambalema-Ibagué; atravesamos los llanos del Tolima, que entonces eran una especie de desierto: hoy -gracias a la irrigación con las aguas del Combeima- son un emporio de agricultura. El tren, de carrilera angosta, se sacudía mucho; y entré pitos y toques de campana de la locomotora entraba a las estaciones seguido siempre de un batallón de muchachos que se colgaban de los vagones. La llegada del tren parecía una pequeña fiesta. En seguida fuimos asediados por vendedores ambulantes que nos ofrecían de todo, desde un vaso de agua hasta gallina asada, pasando por avenas, gaseosas, cervezas, dulces y frutas. Nos divertía enormemente aquello; y como no dominábamos todavía el idioma, nos parecía todo como una especie de folclor.

Ibagué. La capital de Tolima tenía entonces todos los aspectos menos el de una capital de departamento. Era un pueblo de muchas casas pobres; hasta en la plaza de Bolívar había en una esquina aún una casa de bahareque con techo de paja. Entre tantas casas había por aquella época algunos edificios grandes que pomposamente llevaban el nombre de "palacio"; así, un palacio episcopal, el palacio de justicia y el palacio de la gobernación. La catedral era una modesta iglesia de un pueblo, con un altar mayor y piso de madera; pocos años más tarde fue hermosamente decorada por Mons. Pedro María Rodríguez Andrade, Obispo de la diócesis. Fuera de la catedral había solamente una iglesia más: la de Nuestra Señora del Carmen, parroquia regentada por los PP. Salesianos y que abarcaba -fuera del sector urbano- toda una serranía de 60 kms. de longitud sobre la cordillera Central. En Ibagué los salesianos tenían 2 casas: una artesanal, con talleres de mecánica, sastrería, carpintería, imprenta y una pequeña librería. El comedor de los salesianos era una rama provisional; la comida frugal; los padres tenían aspecto de personas gastadas por los trabajos y los años. El clima parece poco favorable a la salud, por los cambios bruscos de temperatura, que se deben a la cercanía del Nevado del Tolima, con 5.500 m. de altura. Como no hubo tráfico para Bogotá, nos quedamos 2 días en Ibagué; visitamos al día siguiente nuestra Granja-Escuela San Jorge, en donde un centenar de jóvenes, en calidad de internos, aprendían el manejo prácti-

co de una granja agrícola; en efecto, esa granja parecía una cosa ideal para tal fin: poseía toda clase de cultivos de la zona tropical y subtropical (café, caña de azúcar, bananos, hortalizas- entre ellas vimos tomates gigantes); a mí se me hizo todo aquello muy interesante e importante. La escuela carecía por entonces de aulas suficientes, de dotación de gabinetes, de implementos técnicos; todo daba la impresión de falta de recursos para elevar el nivel científico y técnico de ese centro agrícola.

Quien hubiera entonces pensado que un año más tarde yo mismo dictaría clases en esa escuela.

Al fin anunciaron tráfico férreo para Bogotá. Salimos a las 9 a.m. en un vagón de 3a. con bancos longitudinales incomodísimos. Como hacía 3 días que estaba interrumpido el tráfico, el tren se llenó hasta los techos de pasajeros ávidos de viajar. Fue para nosotros otro experimento; hasta el Sr. Obispo fue a la estación a despedirnos. Mons. Pedro María Rodríguez Andrade siempre profesaba una muy grande estimación a la comunidad salesiana. El tren tenía que bajar desde la altura de Ibagué (unos 1.200 m.) al paso del río Magdalena en Girardot (300 m.) para luego subir a la Sabana de Bogotá (2.640 m.). El viajero experimenta entonces los cambios de clima motivados por la altura de lugar a lugar. Lo interesante era que en cada estación los vendedores ambulantes ofrecían los productos de la respectiva región a los

viajeros del tren: en una, ciruelas; en la otra, bizcochos; después huevos cocidos, en otra una presa de gallina con yuca blanca; en todas partes frutas en abundancia. Vimos un racimo de plátanos maduros verdaderamente apetecibles, pero ya lo miramos con cierta desconfianza al recordar lo que nos había pasado con los plátanos hartones.

Llegamos a medianoche a Facatativá, estación sabanera; hacía un frío que nos calaba los huesos. Nos sorprendieron con la noticia de que no había tren para Bogotá porque la sabana estaba inundada. Transcurrida una hora entera nuestro P. Rojas consiguió un camión viejo que nos debía transportar a Mosquera; por ahí a las 2 de la madrugada arribamos a Mosquera, nuestro destino final, después de haber sorteado toda clase de obstáculos. Nos sirvieron a esa hora una gaseosa fría con unos bocadillos, y nos fuimos a descansar; mas apenas estábamos conciliando el sueño cuando comenzó en la plaza principal del poblado un ruido infernal. Tocaron cacho, repicaron las campanas, mugidos de vacas, gritos, llantos, gemidos, un correr y venir de gentes. Qué pasó? Se había desbordado el río Balsillas y amenazaba con inundar la población. Los habitantes de Mosquera consideraban nuestra casa como una especie de alcázar, y vinieron con sus enseres, con camas y cómodas y cuanto tenía a buscar refugio en nuestra casa, que abrió sus puertas de par en par para prestar este auxilio. Ya puede el lector imaginar cuáles fueron nuestros sentimientos en aquellas ho-

ras. Al día siguiente amaneció toda la plaza anegada, y el agua penetró hasta el interior de la iglesia. Así fue la llegada mía a Colombia.

Un día después nos llevaron a Bogotá, una ciudad que por ningún aspecto podía compararse con las hermosas capitales de Europa. Sólo 15 años después del nefasto 9 de abril Bogotá comenzó a despertar para convertirse en ese gigante urbanístico y demográfico que es hoy la capital de Colombia. Nos hicieron conocer dos atracciones turísticas. Al salto de Tequendama fuimos en ese trencito que todavía hacía el recorrido Bogotá-Salto, y ya el sólo constituía una atracción turística; vimos el Salto, que se nos presentó en toda su imponencia y majestad. La subida a Monserrate fue menos impresionante; lo que sí nos maravilló fue la altura, pues el Cerro de Monserrate tiene 100 m. más sobre el nivel del mar que la montaña más alta de Alemania.

"EL VIEJO"

Con el viaje a América perdimos medio año de estudios reglamentarios. Ciertamente ganamos mucho en conocimientos geográficos, sociológicos y lingüísticos; pero nuestros estudios de rigor sufrieron un revés. Cuando llegamos a Mosquera, el estudiantado filosófico acababa de entrar a vacaciones finales. El nuevo curso debía comenzar en febrero del año 1934. Los superiores decidieron que hiciéramos el 2o. año de filosofía. El estudio de filosofía incluía la filosofía propiamente dicha, según el estilo escolástico, la pedagogía, Latín y Griego, astronomía, física, matemáticas y demás materias según el pènsum del bachillerato oficial entonces vigentes. Los estudiantes de filosofía se llamaban simplemente "los filósofos". En el curso éramos 2 alemanes, 1 italiano, 1 danés y 4 colombianos.

Comenzaron las dificultades. Primero la alimentación, que era poca y casi no variaba, a base de arroz y yuca; escasa verdura. A los pocos meses me sobrevino un trastorno gástrico tremendo, con vómito y fiebre. La segunda dificultad que hallaba yo, era la disciplina; yo ya era un hombre que

frisaba en los 28 años; los compañeros me llamaban cariñosamente "el viejo". El tratamiento que se nos dio era para niños de colegio; había que pedir permiso para todo; todo estaba vedado o era obligatorio; salir del pequeño patio era prohibido, jugar en los recreos era un precepto. Además el estudio no nos satisfizo. Nosotros ya habíamos hecho 8 años de los 9 de bachillerato alemán; así que en muchas materias llevábamos ventaja grande a los compañeros del curso. Por otra parte, estábamos acostumbrados a una severa disciplina dentro de la clase, que faltó por completo en nuestro curso. Los alumnos se levantaban y discutían con el profesor a grito en cuello; a veces no se sabía si enseñaba el profesor o el alumno. El clima de la Sabana me parecía triste y melancólico. Nunca se veía un cielo con sol ni una noche con estrellas. Poco a poco comprendí que esto tenía que ser así, porque a un día con sol tenía que seguir una noche con estrellas, que hacía invariablemente bajar la temperatura, lo cual producía unas heladas, espantosas, capaces de terminar en una noche con todas las cosechas de papa y maíz.

Como fiesta principal de aquel año recuerdo la canonización del Beato Juan Bosco, que fue el día de pascua de 1934; también nos llevaron a la procesión del Corpus en la vecina población de Funza; era una mezcla entre fiesta profana y religiosa con mucha gente y poca piedad, mucha pólvora y superstición y excesos alcohólicos. La fiesta del Corpus debía celebrarse juntamente con una

corrida de toros; así que apenas terminaba la procesión y, aún no había entrado todavía el Santísimo por la puerta de la iglesia, cuando ya soltaron el primer toro en la otra esquina de la plaza. Aquel año también fue el año del Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Ya entonces la radio de la Alcaldía con su altoparlante sobre la plaza transmitía aquella solemnidad con todos los detalles y con mucha fidelidad. Finalmente vino la clausura del año; nos leyeron en público las notas, como en una escuela elemental. Había sacado la mejor puntuación del curso.

EL ASISTENTE

Dentro del régimen de formación salesiana hay varias etapas. El Aspirante, el novicio, el clérigo, el profeso, el filósofo, el asistente, el teólogo, el sacerdote. Entré yo a la categoría de asistente. Asistente es el clérigo que terminados sus cursos de filosofía y pedagogía, es mandado a una de las casas de la comunidad en calidad de profesor ayudante. Tiene que "asistir" a los alumnos; de ahí su nombre: "asistente". Es un tiempo de prueba. Por lo menos así fue en aquellos tiempos. El joven clérigo deja de ser discípulo para convertirse de la noche a la mañana en maestro; su oficio es estar con los alumnos siempre y donde hay internado día y noche. Es como un hermano mayor de los alumnos; los asiste en los juegos, en el salón de estudios, en el comedor, en el dormitorio donde tiene en un rincón: su celda; los corrige, los amonesta, los aconseja, al mismo tiempo que les da clase; como se ve, es un campo inmenso de apostolado, de hacer el bien, pero también es un tiempo de peligro para su vocación, porque el continuo estar con los jóvenes es estar otra vez en contacto con el mundo; ese mundo que había abandonado para servir a Dios y del cual estuvo por muchos años separado.

A mí me destinaron los superiores -Provincial era entonces el P. José María Bertola- a la Escuela Agronómica de Ibagué; debía viajar con el nuevo Director, P. José María Hernández, a mi destino. El cambio de casa significa en Colombia generalmente cambio de clima, de comida, de horario y de costumbres aún dentro de nuestro sistema. Viajamos en tren; en la casa de Ibagué nos recibió un sacerdote alemán anciano, agotado por el trabajo y por el clima: el P. Francisco Miller, quien en lo físico y también en su estructuración moral se parecía mucho a nuestro Beato Miguel Rua. Yo debía ser en los próximos tres años su ayuda principal, porque el padre ya no era capaz de llevar la contabilidad de la casa: yo entonces, en horas libres, le ayudaba en cuanto podía.

Comenzamos bien el curso, cuando a mitad del año se presentó una enfermedad grave al P. Director tuvo que buscar otro clima, y los dos asistentes con el P. Miller quedamos encargados del colegio. La escuela Agronómica Salesiana de San Jorge, así rezaba el título completo de la obra, era un complejo granja-escuela, situada en las estribaciones de la cordillera central de Colombia, con una extensión de 300 h. parte plana, parte montaña, con abundante agua, suelo más bien estéril y extensos cultivos de toda clase, propios de los climas templado, y con una temperatura media de 21-22 °C. En tiempos de verano se parecía mucho a los veranos de Alemania. Teníamos buenas plantaciones de café, en las cuales los alumnos

aprendían las diversas clases de poda y tratamientos. En la parte plana había cañaverales con distintas variedades de caña, de Cuba, del Brasil, de Centroamérica; se le enseñaba la siembra de la caña, el corte y su aprovechamiento; existía un trapiche hidráulico que en tiempo de zafra nunca se paraba y producía la más deliciosa panela. Teníamos unas 12 clases de plátanos, algunas de las cuales no las volví a encontrar en ninguna parte; sólo existían en nuestra Escuela. Había frutas que yo no conocía, como el níspero japonés. San Jorge era una granja modelo: se quería dar a los alumnos idea de lo que podía producir una finca en el campo, bien trabajada y bien administrada; y los estudiantes pasaban por todas las dependencias. Teníamos una docena de colmenas de abejas, conejos de todas las razas, cerdos, aves de diversas especies, ovejas, vacas, venados, burros y mulas, y hasta un caimán que vivía en el lago y constituyó por muchos años una atracción turística.

El agua que tomábamos no venía del acueducto municipal, sino de uno propio que había en la montaña y cuyas aguas no eran salubres. El año siguiente me enfermé de gravedad: y si no hubiera sido por una inyección de Neosalvarsán de la casa Bayer, me habría muerto sin remedio, pues todavía no se había inventado la penicilina. Me gustaba mucho estar en la Escuela; los alumnos me apreciaban por mis conocimientos de inglés y de matemáticas; y mi dominio del español aumenta-

ba. Ya me había acomodado; nunca sentí guayabo por haber abandonado mi tierra ni deseos de otras; ante todo quería ser sacerdote: meta que nunca perdí de vista.

El año 1935 llegó a la casa de San Jorge el Padre Antonio Candela, miembro del Consejo Superior de la Comunidad y visitador extraordinario para Colombia; me tocó traerlo desde la casa de San José a nuestra casa de San Jorge; ensillamos dos caballos, porque todavía no se podía ir a San Jorge en carro; no había carretera, poco a poco, con la misma ayuda de los alumnos, fuimos construyendo las vías de acceso; aquellos tiempos eran heroicos. En esa visita pedí al P. Candela me dispensara de un año de tirocinio, y accedió; pero después al saberlo el P. Miller me rogó con lágrimas en los ojos que no lo dejara solo en la oficina de contabilidad, que le ayudara otro año más; acepté y me quedé un año más; nunca me arrepentí de haber hecho esa obra de caridad.

De este sacerdote guardé otra anécdota. La Escuela tenía sus empleados, obreros que trabajaban en los cañadulzales, quienes dormían y comían en las dependencias de la Escuela; eran trabajadores ocasionales procedentes de distintas partes del país; sujetos a veces criminales mezclados con muchachos sanos del campo. Un día, mientras tomaban su almuerzo en una ramada, uno de ellos clavó un puñal en la espalda de otro, con tal vehemencia que la punta del cuchillo salió por el pecho.

El padre, con su valor único, se lanzó sobre el asesino, y antes de que le asestara otro golpe le quitó con mano firme el puñal y evitó así una mortal tragedia. Horas después comenzó la investigación, con muchos juramentos y papeles; el asesino fue conducido fuertemente custodiado al panóptico; el herido pasó al hospital, donde gracias a su fuerte constitución fue curado. Pero antes de salir la víctima del sanatorio, el autor del crimen ya había salido de la cárcel libre. Este hecho produjo en mí una especie de decepción profunda que más tarde fue acentuada con los sucesos del 9 de Abril.

Hice una vez una interesante excursión al Nevado del Tolima; pasamos por una mina de oro. Por aquellos tiempos se sacaba mucho oro en esa región; pero nadie se beneficiaba de tal afluencia del metal amarillo; cada 3 o 4 meses bajaban los obreros a la ciudad para gastar en cantinas y casas de prostitución, en dos o tres noches, lo que con el sudor de su frente habían ganado en tantas jornadas de duro trabajo.

La gente era piadosa y devota de la Virgen; la fiesta de Nuestra Señora del Carmen se celebraba con mucha pompa, música y pólvora y participación de una inmensa multitud. El Sr. Obispo era de estatura pequeña y tez oscura; se había doctorado en filosofía y teología en la Universidad Gregoriana; era un hombre de trato afable; sus pastorales eran piezas de literatura y doctrina sublime; un pastor celoso de su grey, incansable en el tra-

bajo apostólico, acérrimo defensor de la iglesia; vivía como un asceta en su llamado "palacio"; le gustaba la solemnidad en los actos religiosos; y sus misas pontificales eran derroche de fe, arte y piedad. Con los salesianos mantenía óptimas relaciones, y nunca faltaba a nuestras veladas y representaciones teatrales. Dios le dió aún muy larga vida, y murió lleno de méritos a la edad de 92 años.

EL TEOLOGO

Llegó finalmente el tiempo de comenzar el estudio de teología; debía volver a la casa de Mosquera, donde se pensaba formar un Estudiantado Teológico de acuerdo con nuestras Constituciones; el primer año tuve que aceptar, fuera de mis clases de teología, clases de Latín y Griego en el aspirantado y filosofado; además me encargaron de la enfermería, cargo este que en casos de epidemia resultaba muy oneroso; pero aquello fue otra experiencia valiosa para mí: aprendí a poner inyecciones y ser boticario; y adquirí una serie de conocimientos útiles; descubrí que tenía una verdadera disposición para médico, un ojo clínico para diagnosticar enfermedades de mis pacientes; salvé la vida a dos ó tres de mis enfermos. Entonces, en Mosquera, -periódicamente y debido a las malas aguas- se presentaban casos de tifoidea y paratifo, enfermedades que en un porcentaje muy elevado eran mortales; todavía no se había descubierto la cloromicetina, que fue después el remedio específico contra esta enfermedad infecciosa.

Teníamos muy buenos profesores en Moral y Dogma; se estudiaba mucho, y los exámenes eran ri-

gurosos. Aquel año de 1938 fue dominado por la política europea: el rearme alemán; las reivindicaciones germanas sobre sus antiguos territorios; la abolición del infame tratado de Versalles: ocupaban la atención mundial. Después las invasiones: la del Sarre, la de Praga y finalmente la anejió de Austria invadían también nuestro apacible ambiente teológico. Eramos una comunidad internacional: habían alemanes, italianos, holandeses, españoles; fuera de la mayoría colombiana, de la cual cada uno también tomaba posición. Comprendiendo esta situación explosiva, tratamos como en mutuo convenio de evitar toda polémica política o racial.

El segundo año de mis estudios teológicos ya pasó al recién formado teologado en la casa de San José, Mosquera, que tomó el pomposo título de "Teologado Internacional Salesiano".

El horario de los estudios en el teologado se interrumpió; pero algunos teólogos tenían que seguir dando clase en la "otra casa", es decir, en el aspirantado y filosofado. Yo tenía 10 horas semanales de Latín, y Griego, y a pesar de mis insistencias no fui exonerado. Los superiores del teologado miraban con recelo nuestras salidas a la otra casa y ponían trabas y dificultades sin solucionar el problema. Al fin y al cabo prestamos un servicio a la comunidad. Recibí injustamente reprimendas y hasta sanciones; y hoy recuerdo ese tiempo con pesar y dolor por haberse perdido aquel tiem-

po en lugar de formar una comunidad de hombres capaces de afrontar un porvenir como hoy nos vino encima. Nuestro contacto con la población era poco o nulo; toda clase de comunicación con la gente era prohibida o estrictamente controlada; vivíamos con monjes enclaustrados, sometidos a un régimen que tenían de todo menos de Cristiano.

Me duele decir hoy estas cosas, pero también es bueno que consten en alguna parte; y aún en medio de estas tempestades que consideré pasajeras nunca dudé de mi vocación y pedía a Dios me diera valor y paciencia para soportar todo aquello. En septiembre de ese año comenzó la guerra europea con la invasión de Hitler a Polonia. Los ánimos se exacerbaron hasta el climax, y parecía a veces que nuestros estudios iban a sufrir un serio revés; pero nada pasó; el año siguiente mi tercer año de teología. Las noticias de la guerra dominaba todo el ambiente. Con la invasión de Holanda y Bélgica, por los ejércitos alemanes, nuestra posición de alemanes era de extrema delicadeza; cualquier gesto, palabra o sonrisa fue captada e interpretada; se oían a gritos palabras muy ofensivas para nosotros, y tuvimos que callarnos por el bien de la paz en casa. Al final del año no pude presentar exámenes por exceso de trabajo mental, y fuí enviado a nuestra casa de El Porvenir, en vía de reposo, el descanso de varios meses me habilitó para seguir mis estudios el año de 1941, que debía ser mi año de ordenación.

Vino como nuevo director del teologado el P. Julio Caicedo, futuro Obispo de Barranquilla, entonces la figura más brillante que tenía la comunidad salesiana en Colombia. Con la mera presencia del Padre Caicedo, como lo llamaban, se disolvían las dificultades que había en el régimen interno del teologado. Comenzó una era de paz y tranquilidad, tan indispensables para el que se prepara a tan alta y responsable misión. Eramos solo 4 para recibir órdenes ese año; el P. Julio Mihm, el P. Edilberto Cortés, el P. Antonio Viazzo y mi persona. La comunidad salesiana se preparaba para celebrar el primer centenario de la ordenación sacerdotal de San Juan Bosco; pronto surgió la idea de que la mejor manera de festejar ese día era una ordenación masiva de teólogos salesianos. Así como en otras partes del mundo, se dispuso que nuestra ordenación sacerdotal fuera anticipada para el 5 de Junio de 1941, y que tuviera lugar en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de Bogotá, Nosotros, después de la ordenación deberíamos seguir estudiando en el teologado hasta terminar nuestra teología. En la casa de El Porvenir hicimos los ejercicios espirituales para nuestra ordenación. Qué fervor y qué esmero; no se descuidó ningún detalle; las ceremonias de la santa misa se estudiaron y ensayaron con exactitud; rezamos mucho a Dios para que nos concediera un fecundo apostolado. Entonces ya pensaba yo que algún día, si Dios me concedía la licencia, edificaría una iglesia a María Auxiliadora. Me parecía una cosa rara que nosotros sa-

lesianos tuviéramos a nuestro cargo unas cuantas iglesias a Nuestra Señora del Carmen -incluso el Santuario Nacional-, una iglesia a Nuestra Señora de las Nieves, otra al Sufragio, una a San Roque, y no había en toda la república ninguna iglesia a Nuestra Madre María Auxiliadora, a la Madre de nuestra congregación. Este pensamiento se me volvió una obsesión. Mons. Juan Manuel González debía ser nuestro consagrante. Llegó ese gran día, meta anhelada de muchos años. Lejos de mi casa paterna; la patria mía envuelta en la guerra más grande de todos los tiempos; solo, sin que nadie me acompañara, recibí la unción sacerdotal. Me acordé de mis queridos padres, que todavía vivían; de mis dos hermanas religiosas, ambas también lejos de la patria alemana; de todos los que de alguna manera habían contribuído a la realización de mi ideal. Recuerdo que aquel día sentí un cambio profundo en mi Ser. Yo no era ya el mismo; era otro. Sentí esa metamorfosis. Creo que algo parecido debe sentir uno en la resurrección de los muertos, cuando nuestro cuerpo mortal se viste de inmortalidad. Al día siguiente canté mi primera misa en la capilla del Sagrado Corazón, en Mosquera. Predicó el Dr. Alvaro Sánchez, insigne orador y gran amigo de los salesianos. El P. Bertola hizo de presbítero asistente. Fue una primera misa aislada de todo cariño humano; yo no tenía relaciones con la colonia alemana ni con ninguna gente, de tal manera que ese día no recibí visitas ni regalos de nadie; con los míos no me pude comunicar, a causa de la gue-

rra. Ofrecí este sacrificio a Dios, y sé que El me lo recibió.

Los superiores pronto me destinaron para formar parte del cuerpo docente en el Aspirantado y Filosofado de Mosquera. Como cargo adicional debía ayudar al anciano párroco de Mosquera. P. Isidoro Gama, quien por su edad y mala salud necesitaba a veces una oportuna colaboración. Me ofrecía con gusto: así me tocó cantar la misa "mayor" los domingos, en la destartalada iglesia parroquial; hacía los entierros, bautizaba los niños. Todo aquello me encantaba. Todos estos oficios me ponían en contacto con la gente; trataba de ser amable con ellos, y poco a poco muchos iban conquistando. Así, cuando al cabo de 10 meses el P. Gama se vió afectado de una grave enfermedad, el superior me dijo que me encargara de la Parroquia, aunque la parte jurídica quedara en manos de otro sacerdote.

PARROCO EN MOSQUERA

La primera fiesta que me tocó organizar fue la de María Auxiliadora del año 1942. El P. Julio Cai-cedo, Director del Teologado, por aquel tiempo había sido preconizado Obispo de Barranquilla. Lo hicimos el personaje central de la fiesta de Ma-ría Auxiliadora de aquel año.

Nos resultó grandiosa tal fiesta. En Mosquera, mientras existían las dos casas salesianas, las fies-tas religiosas se celebraban siempre con pompa extraordinaria; las misas diaconadas eran casi a diario. La Schola Cantorum de los salesianos te-nía fama, y ejecutaba las piezas magistrales. Cuan-do entré a regentar la parroquia, el servicio del altar estaba a cargo del Teologado; los estudian-tes de filosofía cantaban las misas. La parroquia era muy pobre: carecía de todo; no había orna-mentos, ni cálices, ni nada para dar un culto dig-no a mi Dios. La iglesia era un salón rectangular de unos 8 m. de ancho por 25 de largo, con piso de tablas; y las paredes laterales eran de adobe; la fachada, de ladrillo, todo en un estado de aban-dono. Se decía que los fieles no ayudaban para el culto, y que la Parroquia no daba para soste-

ner un cura. El casco de la población constaba de unos 2.000 habitantes, y otros 2.000 vivían en el campo. La extensión rural era de unos 56 K2 y constaba en su mayoría de latifundios cuyos dueños vivían en Bogotá y venían sólo los sábados a sus fincas a pagar y dar órdenes de trabajo para la semana siguiente. Los que tenían sus residencias en el poblado eran parte familia de los campesinos ocupados en las fincas o empleados oficiales con oficina en Bogotá, que en el primer tren por la mañana iban a su trabajo, y volvían a su hogar en el último tren. La carretera a la capital aún no estaba asfaltada. El viaje en bus, en la línea de Funza, resultaba muy incómodo; todo el mundo prefería el tren por más tranquilo y más seguro. Para mis visitas a los enfermos era costumbre mandar una "bestia" de la respectiva hacienda; la "bestia" era generalmente una mansa yegua, ya entrada en años de paso español; en esta forma aprendí bien a montar a caballo, y a poco tiempo ya tenía fama de ser un buen jinete; de tal modo que con el correr de los años ya enviaban las mejores cabalgaduras para las salidas del "Padre".

En agosto del mismo año (42) llegó de la Curia mi nombramiento de Párroco. Este nombramiento causó un poco de recelo entre algunos señores importantes del pueblo. "Nos nombraron párrocos a un padre alto, pálido y flaco. Ese no va a durar..." Poseionado ya en la Parroquia, pensé, como tarea más urgente, en la restauración total de

la iglesia parroquial. Esa iglesia había sido edificada, sobre la plaza, unos 30 años antes, por otro salesiano alemán, el P. Maximiliano Burger, en remplazo de una pequeña capilla que había en la esquina de la misma plaza; pero ya los marcos de sus ventanas primitivas estaban carcomidos; y el cielo raso, que era de latón, se caía a pedazos; las vigas del zarzo estaban vencidas, y el piso del todo podrido por la humedad. Comencé por pintar la torre y la fachada después, arreglar las capillas de la Virgen del Carmen y de San Isidro; mandé hacer un armario para la sacristía; quemé un montón de ornamentos viejos, completamente inservibles; y compré unos modestos ternos, que por ser nuevos daban realce a las funciones religiosas. Aquel año se celebraba en Colombia el Año Mariano. Moví la opinión para un monumento a María Auxiliadora en la entrada a la población. Era una obra de alguna envergadura; una obra de arte.

Para la inauguración hicimos un pequeño congreso mariano. La bendición de la imagen estuvo a cargo de Mons. Fidel León Triana, Protonotario Apostólico y gran amigo de los salesianos. Ese día la población se llenó de júbilo; hubo como un aire de satisfacción. La obra resultó bellísima, y la población se sentía cada vez más protegida por la Virgen. Fue el primer "monumento" que edifiqué a María Auxiliadora. En el curso de mi vida la escena de la bendición debería repetirse 22 veces. Pensé entonces levantar una "ermita" en Malpa-

so, sobre la carretera que conduce de Mosquera a la Mesa. Había una fuente de agua que al desbordarse el pozo se extendía en la carretera y la encharcaba formando un paso malo para los viajeros, y de ahí el nombre Malpaso. Era un sitio ideal para una ermita a la Virgen; piedra había de la buena; el dueño del terreno, D. Francisco García, ganadero de Vista hermosa, dio con gusto el permiso. El P. Francisco Staedele, con buen gusto artístico, hizo el diseño de una ermita alpina. Y así se realizó. D. Manuel Romero, y su hijo de 15 años, de la vecina población de Madrid y canteros de fama, se pusieron a trabajar; y para fines del año 42 estaba hecha la ermita. Hubo voces en contra: "¿Por qué el P. Müller gasta el dinero en hacer monumentos a la Virgen, en lugar de arreglar la iglesia parroquial?". Pero yo tenía ya otros pensamientos; me iba convenciendo poco a poco de que la iglesia no tenía arreglo; que lo más indicado era hacer una nueva; pero me cuidaba mucho de manifestar estos pensamientos; todavía había que abonar más el terreno; ya soñaba yo con un hermoso templo al estilo bárroco, como los hay en nuestra católica Baviera.

Al fin rompí, el silencio, y comencé a hablar de la necesidad de una iglesia, si bien estaban convencidos, tanto los salesianos como los feligreses, de la necesidad de un nuevo templo, se levantaba en seguida como una nube negra la pregunta: "¿Y de dónde vas a sacar el dinero?". Yo siempre contestaba que la Virgen me lo conseguiría; es-

taba convencido de que María Auxiliadora me ayudaría. Encargué unos planos al señor Constantino De Castro, salesiano español, discípulo del famoso señor Buscaglione. El Sr. De Castro ya era arquitecto religioso de fama; desarrolló un estilo propio y diseñó muchas de las iglesias que existen hoy en día en Cundinamarca y Boyacá. El esbozo gustó en un principio; el presupuesto inicial se calculaba en \$80.000.

Para tener un punto de comparación: el estipendio de misa era \$1; la limosna en las 3 misas dominicales llegaba, en el mejor caso, a \$8. Al fin hablé con el P. Inspector, quien al principio rechazó de plano el proyecto: "que era una aventura, por no decir una locura". Por fin decidió hablar con los señores Vargas, dueños de la hacienda más grande de la Parroquia y amigos de la comunidad; ellos dijeron al Padre que sí se podía comenzar y ellos ayudarían con una cuota inicial; pero como esa clase de construcciones duraban generalmente 20 a 30 años y más, algún día habría de terminarse. Finalmente me dieron el permiso de comenzar a construir. Influyó mucho en el ánimo del superior también el hecho de que en las fiestas que hacíamos con motivo de la inauguración de los "monumentos" a la Virgen, la gente se entusiasmaba y me seguía fielmente. Por ejemplo, la bendición de la gruta de Malpaso se fijó para el día 6 de enero de 1943, a las 3 de la tarde. A las 10 de la mañana, apenas terminaba la misa mayor, comenzó el exodo de la gente de Mosque-

ra. Al "Padre" le consiguieron la mejor yegua que había en el contorno; y conmigo iban 50, jinetes, los jóvenes vestidos de beduinos: era el séquito de los Reyes Magos. Todo el pueblo se trasladó a ese pintoresco sitio, que dista de la población 5 Kms.; nadie se quedaba en casa. Allá D. Francisco Vargas había regalado una novilla, que se preparó a la llanera; alguien regaló 2 bultos de papa; todo aquello para pagar los gastos de construcción de la ermita. Los mismos hacendados venían de Bogotá, en sus lujosos carros, a tomar parte en esta expansión popular. Aquel Día de Reyes yo me sentía rey, el rey de los corazones de mis feligreses.

Sí, ya éramos una gran familia parroquial. Todos miraban al "Padre", todos los seguían. Comencé ese año (1943) a allanar el camino para realizar mi sueño de hacer una iglesia a la Virgen. Les hablaba con frecuencia del nuevo templo; les pedía oraciones. La asistencia a la misa parroquial aumentaba de domingo en domingo.

Hicimos retiros para hombres en Cuaresma; vinieron más de 200, lo que fue un récord, y todos se confesaron; aquella semana santa fue un modelo del fervor religioso. Saqué una copia de diseño de la nueva iglesia y lo fijé en el cancel; la gente lo miraban asombrada e incrédula: "no podían creer que un día fuera verdad tanta belleza".

Dije que necesitábamos piedra; el señor Adriano García me regaló un "viaje": fue la primera con-

tribución para la iglesia nueva. Pero aún debía pasar medio año antes de comenzar; el 8 de diciembre fue la fecha fijada para la bendición de la primera piedra; Mons. Julio Caicedo, quien fuera el primer párroco de Mosquera, la bendijo en solemne ceremonia; hubo mucha concurrencia y sobre toda mucha expectativa, y en algunos mucha duda; "el Padre no sabe en la que se va a meter". El Obispo dio una nota de confianza. "Si la hacen, durarán uno 7-8 años. En todo caso, alea jacta est". No se podía ya echar para atrás; solamente para adelante. En las manos de la Virgen puse la obra; al día siguiente comenzamos a tumbar la vieja iglesia, ya que la nueva debía levantarse sobre el sitio de la antigua, sólo con dimensiones superiores; en 1944 comenzamos a echar cimientos; el suelo sabanero es malo para edificaciones altas; optamos por el sistema de bases anchas con planchas de concreto; llamaron la atención estas enormes bases en más de una ocasión; una vez me preguntó cierto visitante si sobre esas bases se iba a colocar la Catedral de Colonia.

Teníamos un reducido número de obreros: 7-8; más tarde se elevaron a 10; eran todos de la comarca y trabajaban con gusto en la iglesia de su pueblo. El ladrillo lo compraba en Subachoque; los domingos, después de la misa mayor, se hacían "convites" con todos los dueños de camiones, e íbamos a traer ladrillo a fin de que hubiera material para la semana; así se sostenía el interés del pueblo permanentemente vivo.

¿Y de dónde sacaba yo el dinero? Debo advertir que todos los derechos de estola los entregaba mensualmente al director del Aspirantado que era casa muy pobre; yo no tenía fondos; nunca llegué a tener una cuenta bancaria se gastaba sólo lo que entraba por donativos; y nunca faltaba para pagar los jornales y para comprar cemento y ladrillo; nunca pude comprar más de 5.000 ladrillos en una sola compra; los sábados generalmente se agotaba todo dinero; a veces tenía que pagar con los centavos de la "limosna" dominical; y cuando se presentaban gastos imprevistos la Virgen no me negaba su auxilio con un pequeño milagro.

Para muestra, algunos. Primero, la rifa del perro. Desde la semana anterior sabía que el lunes próximo necesitaba \$500.00 para comprar un tonelada de hierro; \$500.00, eran algo más de 250 dólares; no sabía de dónde podía venir ese dinero, pero confiaba en la Virgen. El sábado anterior me invitó de improviso un hacendado para que asistiera a una fiesta que daba en su finca a altas personalidades de la sociedad; llegado allí, después de cierta sorpresa por la súbita aparición de un cura en un bullicio mundanal, la señora de la casa sacó al salón un cachorro adornado con una enorme cinta de seda, y dijo que lo iba a rifar a favor del "padre", la boleta \$10.00 como decir 5 dólares; traía 50 boletas y me las dio diciendo que comenzara a venderlas; yo en secreto ya había multiplicado 50×10 , que me deba los \$ 500.00 que necesitaba el día siguiente; pero no fue tan fácil;

no vendí sino unas 30; ya se iban a conformar, cuando uno de los asistentes, ya un poquito alto de copas, me dijo: "cura, usted no sabe de estas vainas". ¡Eche pa'ca!; y en 5 minutos me vendió el resto; se rifó el perrito; la ganadora fue la misma señora que lo había obsequiado; así el perrito no cambió de dueño, pero yo tenía el dinero para comprar el hierro.

Segundo caso. El dinero perdido. Necesitaba en cierta ocasión, para el pago de una cuenta, \$335.00 con unos centavos; después de haber gastado toda una tarde en Bogotá, visitando amigos y posibles donantes, entré finalmente al almacén de los señores Vargas ya pisando el umbral, me dijo un señor: "Vaya al fondo: Don Roberto lo necesita"; Don Roberto estaba detrás de un viejo escritorio; apenas me vió me dijo: "Aquí le tengo algo para su capilla"; y me entregó un sobre largo; al tratar de preguntar, me interrumpió diciendo: "No pregunte; váyase"; antes de llegar a la puerta y detrás de una columna abrí el sobre y encontré \$345.50, exactamente la suma que necesitaba; quedé perplejo; con Don Bosco podía decir: "¡Cuán buena es María Auxiliadora!. Aquella suma era el 5% de una suma de dinero que se había perdido.

Tercer caso. Algo más. En Mosquera periódicamente había inundaciones: una vez el río Bogotá, otra vez el río Balsillas; una inundación se consideraba siempre como una desgracia. En cierta

ocasión amenazaba el río Bogotá las haciendas limítrofes con el municipio de Fontibón. Dije a los hacendados que si me ayudaban a poner una estatua de María Auxiliadora en el dique del río nada pasaría. Hicimos una hermosa ermita a la Virgen en el borde del río; se tuvo la fiesta de inauguración con misa campal y gran concurrencia de gente; una escuela que yo había fundado en aquella región prestó su primer y efectivo concurso de la fiesta. El peligro de la inundación volvió a crecer, llegó el momento en que el río amenazó romper el dique en cuestión de horas. Todos estábamos aterrados, pero confiábamos en la Virgen. A la noche siguiente se desbordó el río, pero por el lado opuesto, en el municipio de Bosa; se salvaron las haciendas cuyos dueños habían puesto su confianza en María Auxiliadora.

Fueron tantos los favores que nos hacía María Auxiliadora en aquellos años que sería difícil recordarlos todos. Nadie en el pueblo moría sin sacramentos. No hubo accidentes graves ni muertes repentinas. Desde que comenzamos la construcción de la iglesia comenzó también un paulatino pero constante mejoramiento del "standard" de vida. Hoy por hoy Mosquera es una población floreciente de la Sabana, donde no hay desempleo; tiene industria propia, y los grandes pingües haciendas son una verdadera provisión de alimentos humanos de la mejor calidad.

No faltaban casos curiosos. En una de esas grandes inundaciones fue necesario sacar gran canti-

dad de ganado de una finca inundada para trasladarlo a otra alquilada, que quedaba a gran distancia de la región. En el trajín de traslado se perdieron algunos animales valiosos; entonces hubo el siguiente "contrato" con la Virgen: "Si recuperamos las tres cabezas de ganado, le daremos \$500.00 por cada una, para la iglesia"; a los dos días encontraron las 3 reses; entonces, medio arrepentidos, los dueños recurrieron a una estrategia: "que propiamente no se habían perdido"; "tan sólo se fueron con otro lote"; "de manera que le damos solamente \$1.000.00". Resignado acepté los \$1.000.00 y no quise decir nada; pero parece que a la Virgen no le gustó esta clase de incumplimiento en una promesa: al tercer día murió una de las tres reses; así la promesa tuvo su cabal cumplimiento.

Gran animación traían al poblado los bazares. Un bazar en un pueblo sabanero es una gran fiesta popular; es también forma de reunir rápidamente algunas sumas de dinero para un fin benéfico. Cuando a veces me quejaba de la falta de fondos me decía la gente: "Padre, haga un bazar".

Era también la única forma de conseguir alguna contribución de las ricas haciendas: con motivo del bazar mandaban su aporte a nombre de la finca: un ternero, un torete, un par de ovejas, un bulto de maíz o de papa, un cerdo o unas gallinas y pollos. Todo aquello se invertía en el bazar. Nadie almorzaba ese día en casa: todo el mundo a

almorzar en el bazar, se servía el rico cuchuco con espinazo de marrano, la tostada presa de gallina, las empanadas, los masatos, y sobre todo la succulenta ternera a la llanera; habían verdaderos maestros de la preparación de esa carne al fuego vivo.

La plaza hervía de gente y de entusiasmo. La señoritas más bonitas de la población ofrecían claveles y vendían boletas de alguna rifa o adivinaban la suerte a los parroquianos. Estas fiestas populares -en las que el "Padre" era el centro de animación- contribuían mucho a mantener la paz y la concordia en el pueblo. Porque en aquellos tiempos ya comenzaban las luchas sociales y políticas. Europa estaba en guerra. Colombia había entrado a la guerra contra Alemania.

En Bogotá se estableció una Embajada Soviética. En todos los pueblos se hacía propaganda comunista. Mosquera era uno de los objetivos; por sus grandes latifundidos había crecido proletario campesino, de bajos salarios, sin ninguna prestación social; el viejo sistema feudal y patriarcal se derrumbaba en cuestión de días y tenía que ceder a las nuevas y cada vez más apremiantes exigencias para una justicia social efectiva: salarios mejores, prestaciones y seguros sociales, mejoramiento de vivienda etc... Vino la época de la transformación social que también afectó al campo. Ciertamente el campesino arrendatario según el sistema feudal se sentía seguro en "su" hacienda, formaba parte de la familia hacendal; tenía su tra-

bajo, su casa, su "chila" donde sembrar, sus aves; y si los patronos eran buenos no faltaba en caso dado el médico y las medicinas. Se sentía amparado; y hubo casos en que esa tradición se heredaba de familia en familia, hasta que vinieron estos tiempos. Como es fácil de ver, esta gente era la presa apta para caer en las fauces del comunismo, a pesar de las acendradas convicciones religiosas. Tenía que ser el Padre quien en muchos casos mediara en los conflictos y mitigara las pasiones.

Poco a poco se había formado la costumbre de celebrar año por año la fiesta onomástica del Padre. Como para esta ocasión se movilizara todo el pueblo sin distingos políticos ni sociales, yo aprovechaba varias fiestas de estas para sanar las heridas y cerrar las grietas que una desmesurada pasión política había abierto entre las principales familias del poblado. Lo hice una vez en forma dramática, hice subir al escenario del teatro a los dos jefes políticos, protagonistas de la disensión; una vez arriba, mandé subir el telón, y estuvimos los tres "jefes" frente al pueblo. Después de unas palabras conciliadoras mías, los dos jefes se dieron la mano y prometieron vivir en adelante, en paz y trabajar por el pueblo. Con una copa de vino de misa fue sellada la alianza. El aplauso del pueblo fue estruendoso.

Para un 29 de septiembre, mi onomástico, había organizado la bendición de una imagen de María

Auxiliadora frente a la escuela de Sietetrojes. Entonces los vecinos de aquella vereda y los principales mayordomos de las haciendas prepararon una sorpresa vistieron un maniquí con sotana, sobretodo, zapatos, sombrero y maletín. Querían que el Padre estuviera siempre bien vestido; y al lado una bicicleta nueva para que tuviera un vehículo en mis múltiples faenas. La verdad es que yo nunca me quedaba quieto.

Visité todos los hogares; entronicé el Corazón de Jesús y la imagen de María Auxiliadora en todas las casas de la Parroquia, lo cual traía como consecuencia que la asistencia a la Santa Misa aumentara de domingo a domingo, como también la frecuencia de construir un templo nuevo más grande y más hermoso; precisamente el que estábamos construyendo.

Los trabajos seguían adelante constantemente; nunca irrumpimos la obra. La parroquia no tenía ninguna entrada fija, seguía tan pobre como antes; sin embargo ningún sábado faltó el dinero necesario para pagar, a veces de puro milagro. La gente y aun los mismos obreros se admiraban: "El Padre de dónde saca la plata?" decían. Pero tampoco faltaban los contratiempos: en el curso de los años fueron cuatro los obreros que se cayeron de los andamios; dos ellos murieron; ambos vecinos de Mosquera: Rafael Rodríguez se había ofrecido a trabajar en la iglesia de su pueblo mientras se sometía aun tratamiento médico; a los cin-

co días de trabajo se cayó del andamio; lesionado en la columna vertebral murió un mes más tarde en un hospital de Bogotá.

El otro caso fue más doloroso todavía: D. Manuel Macías, apesadumbrado por la súbita muerte de su esposa, el primer día que volvió a trabajar después de las exequias cayó de la parte de la iglesia a un solar vecino y quedó instantáneamente muerto, dejando seis hijos pequeños doblemente huérfanos; fue un caso verdaderamente excepcional que conmovió a todo el pueblo. Estos casos eran para mí verdaderas pruebas de fe. Ponía mi confianza en la Virgen, y no me defraudó: todos esos huerfanitos se educaron bien, y son hoy dignos miembros de la sociedad y buenos cristianos.

EL 9 DE ABRIL

La vida de la población era tranquila cuando llegó el fatídico 9 de abril de 1948. Yo estaba en alguna esquina de la plaza cuando por el parlante de la alcaldía se oyó la noticia de la muerte del Dr. Jorge Eliécer Gaitán. Los habitantes de Mosquera eran en su mayoría fervorosos seguidores del gran caudillo liberal. Aquella noticia cayó como una bomba; la radio ya en manos de los revoltosos instaba incesantemente a la revolución. En cuestión de horas se formó en el pueblo un comité revolucionario. Al principio toda aquella insurrección no tenía ningún matiz antirreligioso; era el inmenso dolor de un pueblo cuyo jefe fue vilmente asesinado. Tan sólo cuando por la radio se oía las increíbles noticias de que desde algunas torres de la capital sacerdotes con sotana habían tirado balas y bombas contra el pueblo -una hábil estratagema comunista-, ya se oían en las noches siguientes, por las calles de Mosquera, gritos como este: "¡Abajo los curas! ¡Que viva el cura Müller!", grito que hasta hoy ha servido a mis hermanos de la comunidad como jocosos recuerdo de aquellos días aciagos.

Pasaron esos días sin que se produjera un muerto, sin que se quemara una casa; es decir, del susto

no pasó. De las haciendas vecinas se sacrificaban algunas reses, y se repartía gratis la leche y la carne entre la gente. Conseguí del comité que también el Aspirantado nuestro y el colegio de los Sagrados Corazones tuvieran su adecuada y suficientes cuota en ese reparto. Yo me movía con entera libertad, en esos días, por el pueblo; di consejos de moderación; evité abaleos y desafueros. Visité algunas familias que por miedo se habían encerrado en sus casas; y se sentían muy consoladas por la inesperada visita del Padre.

A raíz de los sucesos del 9 de Abril, es de notar también, un hecho que muestra a las claras la protección que presta la Santísima Virgen a sus devotos. Mi gran amigo y bienhechor Dr. Enrique Restrepo, quien mensualmente me ayudaba con una buena limosna para la construcción del templo, tenía en la capital (calle 13, en la parte plana del edificio del Banco Bogotá), un almacén de regalos finos, relojes, estilógrafos etc., objetos muy condicionados por los amotinados del 9 de abril; al estallar la revolución cerró el negocio y se fue para su casa; la vitrina no tenía malla protectora, de manera que los finos relojes quedaron a la vista de todo el mundo; había dejado en la oficina un cuadro de María Auxiliadora, y a Ella le encomendó el negocio; cuando pudo volver, al cabo de 3 semanas, encontró todo así como lo había dejado; no faltó una sola pieza, mientras en la vecindad había saqueado y quemado todos los negocios.

"PADRE... EL DIABLO!"

Desde que entré a regir la Parroquia pensé en la necesidad de una comunidad de hermanas para los múltiples menesteres del conglomerado. No quería contentarme tan sólo con la hechura de una iglesia a la Virgen: quería que esa iglesia fuera hermosa, que la Virgen tuviera su trono bien arreglado, que el servicio del altar fuera mejor y más esplendoroso; que las fiestas religiosas tuvieran esa pompa externa tan necesaria para cautivar al pueblo al mismo tiempo que profundizaran en el alma los sentimientos de fe y amor a Dios. Además que tuviera una ayuda en la catequesis, y si fuera posible, fundar un colegio para niñas, tanto mejor. Coincidió el deseo mío con el de la Superiora General de las Hijas de los Sagrados Corazones, (fundadas por el salesiano P. Luis Variara, cuya causa de canonización está introducida), de hacer una fundación de la comunidad en Mosquera. Acogí a las hermanas con verdadero placer; les ayudaba en lo que podía. Resultaron estas religiosas una positiva bendición para la Parroquia; era de una humildad acrisolada, de la cual en más de una ocasión quedé admirado, y de tanta abnegación y sacrificio.

Las religiosas establecieron un colegio que poco a poco se convirtió en un centro educativo de primer orden. Mientras escribo estas líneas, la Comunidad de los SS. Corazones posee en Mosquera un importante edificio de 3 plantas que abarca toda la cuadra, con una bien organizada Normal Superior, en la que se forman las futuras maestras no sólo de la misma comunidad sino también del magisterio nacional. La casa de Mosquera se puede considerar hoy como la principal de su congregación.

La venida de las Hermanas trajo consigo un mayor esplendor en el culto divino; eran hábiles maestras en la confección de ornamentos; tenían un gusto exquisito para un arreglo en la iglesia; formaban coros juveniles para las solemnidades religiosas; me proveían de acólitos bien adiestrados, y de su escuela elemental salieron varios jóvenes con vocación sacerdotal que hoy son figuras prominentes del clero secular y salesiano.

Una de las obligaciones del párroco es administrar los santos sacramentos a los moribundos. Estas visitas a los enfermos revelan, a veces como un filme a todas las realidades de la vida humana, y son a menudo, como una puerta para llegar al alma del pueblo.

En los campos que colindaban la población y en el poblado mismo, se llevaba el Santísimo en público bajo palio, y era costumbre adornar la en-

trada a la casa del enfermo con flores, salir al encuentro del sacerdote y regar pétalos de flores delante del Santísimo. Generalmente, la pieza donde había el enfermo estaba bien barrida, había una mesa adornada con flores y luces para colocar el Santísimo. La gente recibía los sacramentos con gran fe y nunca se negaron a recibirlos.

Cabe anotar aquí un episodio que me ocurrió al principio de mi vida sacerdotal, y fue precisamente en Mosquera. Yo, recién ordenado, todavía no tenía la facultad para confesar; se la demoraban al sacerdote hasta 2 años, y sólo después del llamado "examen de confesión" se la daban a los nuevos sacerdotes. Tan sólo en caso de muerte uno podía absolver. Y este caso se presentó: era un día jueves, día del paseo de los alumnos; yo, siendo profesor, me quedé en casa. A los pocos minutos de haber salido los alumnos volvió uno de ellos y me dijo: "¡Padre, venga ligero, hay en el camino un hombre que se está muriendo!". Cogí, el maletín con los Santos Oleos y corrí; encontré a la salida del pueblo un mendigo, viejo y enfermo, que trataba de dirigirse a la población; requerido, dijo que quería ir a la iglesia para confesarse; al ver yo que el pobre ya no alcanzaba a llegar a la iglesia, intenté acomodarlo en el alar de una casa sobre el camino, cuando salió la dueña de la casa y me dijo en tono suplicante: "Padre, no me haga este mal; aleje a ese viejo de mi casa; tengo pequeños, y este señor es tuberculoso y está lleno de plagas"; entonces lo saqué y lo acosté

en el pajonal de hierba a la vera del camino; en seguida nos vimos rodeados de curiosos; pronto me di cuenta que entraba en agonía; lo confesé rápidamente; agachándome a su lado le dí la absolución y me paré; fue cuando con gran asombro mío y de los circunstantes su rostro se puso negro y sus ojos se agrandaban y miraban con espanto un punto fijo; me dijo con voz ronca: "Padre, el diablo!"; le di la bendición y lo rocié con agua bendita; le sugerí jaculatorias; a los pocos minutos se serenó, adquirió nuevamente su color primitivo y murió en paz.

Fue mi primera confesión como sacerdote y la primera muerte que presencié en mi vida. Este caso es uno de mis recuerdos imborrables. Tenía, pues, el cadáver de ese mendigo en la mitad del camino, y había que hacerle el entierro. Conseguí al sepultero para que abriera una fosa. El basurero del pueblo vino con su burrita y con el carro de basura; y ahí mismo le hice las exequias; sin ataúd, el cadáver sobre el mismo vehículo del aseo, pero yo feliz de haber podido salvar un alma y hacer un acto sublime de caridad dando sepultura cristiana a uno de los últimos en esta tierra, que -según las palabras de la Escritura- son los primeros en el reino de los cielos. El incidente tuvo su epílogo en cuanto que docenas de piojos blancos ("carangas") que habían abandonado el cadáver se pegaron a mi sotana, con gran estupor de los circunstantes, y me obligaron a hacer un aseo total de mis vestidos y de mi persona.

LAS CAMPANAS

Desde un principio pensaba dotar la nueva iglesia de campanas de bronce, fundidas en el extranjero, para tocarlas a vuelo. Por intermedio de mi amigo y feligrés Don Darío Peresson comenzamos a hacer gestiones para conseguir auténticas campanas de bronce fabricadas en la Provincia de Udine, Italia. Se obtuvo la licencia de importación. El gestor del negocio en Italia fue Mons. Cecconi, tío del Sr. Peresson y párroco de la catedral de Porto Gruaro, Veneto. Tras del inmenso papeleo consular, finalmente fueron embarcadas en Génova, Italia. Fue cuando ya se presentó la primera dificultad: en los papeles de exportación, que fueron confeccionados en lengua italiana, pusieron Columbia en lugar de Colombia; y como hay un estado Columbia en Estados Unidos, las campanas fueron aforadas para un barco con destino a Nueva York. Ya puede el lector imaginarse el trabajo que nos costó llegar a descubrir el error. Afortunadamente, la agencia de dicha línea Italiana que tenía su oficina en Cali prestó toda su colaboración hasta encontrar el paradero de las campanas. Estuvieron perdidas en alguna de las inmensas bodegas del puerto neoyorkino;

finalmente avisaron que ya habían llegado a Buenaventura.

Faltaban 8 días para la consagración del templo. Para la agilización de los papeles era menester que yo mismo viajara a Buenaventura. Los feligreses, ya en el colmo de la dicha por la feliz terminación de su templo parroquial, esperaban ansiosos la llegada de las campanas. Convinimos en que tanto yo como el señor Luis García -dueño del camión- saldríamos el domingo después de la misa mayor, él por tierra, yo por avión, para anticipar la tramitación de la entrega en el puerto. Pero había problema; necesitaba por lo menos llevar unos \$300.00 en el bolsillo, que entonces equivalían a 150 dólares; no tenía ni un peso, pero María Auxiliadora solucionó el asunto. Yo mismo recogí la limosna en las 3 misas, la que me dió un total de unos \$100,00, suma muy elevada, siendo que la limosna dominical ordinaria no pasaba de \$ 20.00; mandé a cambiar la moneda sencilla y salí de la iglesia para alistar mi viaje al aeropuerto de "Techo"; cuando llegué al atrio se paró frente al templo un auto, varias personas acudieron y ayudaron a bajar del vehículo una anciana que batió en su mano derecha un sobre blanco y me dijo: "Lo felicito Padre, por esta bella iglesia; aquí le traigo una limosna".

Abri el sobre y un billete de \$100,00 saqué; ya pueden imaginar mi sorpresa; di las gracias a la señora, pero más a María Auxiliadora. Ahora só-

lo me faltaban \$100.00; apuré mis pasos para cruzar la plaza; ya no había tiempo que perder. En la plaza de Mosquera hacían los domingos un pequeño mercado de frutas y verduras. Como toda plaza de mercado, la de Mosquera también era lugar de tertulia; había un grupo de señores ahí reunidos; se desprendió uno de ellos, se me acercó y me dijo: "Le quedó muy bonita la iglesia, Padre. A propósito, yo debo una limosna a la Virgen". Sacó la billetera y me dió \$100.00; con esos completé los \$300.00 para el viaje de las campanas. No hubo en aquella ocasión ni tiempo para contar este hecho maravilloso.

Llegué a Cali; el día siguiente, lunes, cogí el tren para Buenaventura. Este viaje resultó una experiencia. Subiendo por el lado Yumbo, en la mitad del camino se dañó la máquina y tuvimos que esperar 2 horas hasta que arreglaron el daño. Llegamos a las 5 de la tarde a Buenaventura, sin probar bocado por todo el camino. Apenas baje del tren se me acercó un policía, me saludó y dijo:

— Padre Müller, yo soy un exalumno suyo. Qué hace aquí? En qué le puedo servir?

— Estoy en busca de unas campanas; acompañeme, respondí, yo estaba ya ansioso de dar con esas campanas que tanto dolor de cabeza nos habían causado. Marchamos a paso acelerado a lo largo de las grandes edificaciones del puerto, preguntando a cada paso por unas campanas, cuando un musculoso bodeguero negro me dijo:

— "¡Si Padre; en esa bodega en frente hay unas campanas verracas!".

Entramos a la bodega citada, y ahí estaban las campanas, "mis campanas", en toda su bronceína belleza. Hubo un momento solemne. Era una obra de arte más bella de lo que me imaginaba. En seguida comencé con el papeleo de sacar la mercancía. Por la tarde subí a la pieza del hotel. Abajo estaban fumigando las calles. Había viruela y fiebre amarilla en la población. Al final del día resolví ir al encuentro del camión, que, según mis cálculos, ya debía estar llegando. Iba caminando, cuando alguien me llama:

— "Padre, Cura". Me volví; desde una casa me estaban haciendo señas:

— "Padre ¿quiere poner los óleos a una señora?. Entré a la casa: una señora de color, en su última agonía; mandé me trajeran rápido los óleos de la Parroquia, y me puse a atender a la enferma; tenía fiebre amarilla.

Al fin llegó el camión; al día siguiente, miércoles; cargamos las 3 campanas, que venían descubiertas y por su belleza llamaban la atención y admiración donde quiera que pasábamos.

Para mí aquel viaje fue un verdadero viacrucis. Por la nerviosidad y el trajín como también por los varios cambios de clima me vino un mal

de estómago tan molesto que no sabía que hacer. En la Línea (3.400 m.), hubo un gran derrumbe; tuvimos que demorar horas bajo una lluvia helada e inclemente. Al final llegamos a Tocaima; de allí pudimos comunicarnos por teléfono con Mosquera, fijando la hora de nuestra llegada a la Sabana.

Entre tanto, la población entera se aprestó para hacer un agasajo colectivo a su párroco; el alcalde decretó día cívico a mi llegada con las campanas; adornaron todas las casas con las banderas colombianas y alemanas; me prepararon un recibimiento triunfal como sólo se puede hacer en el campo; en Tresesquinas me recibieron 50 jinetes con sus caballos bien aderezados; todos los vehículos motorizados salieron al encuentro; movilizaron todas las fuerzas vivas de la ciudadanía: los colegios, las escuelas, el Concejo Municipal; fue un día inolvidable, una sorpresa tan grande como yo no imaginaba. Cuando vieron en el camión las hermosas campanas que traíamos, el entusiasmo llegó al clímax; y los "¡Viva el Padre!", resonaron hasta altas horas de la noche por las calles de la población.



LA CONSAGRACION DEL TEMPLO

(Mayo 20 - 1951)

Me quedaron 8 días para preparar la consagración de la iglesia. El propio Sr. Arzobispo de Bogotá quiso precidir la ceremonia. Todo salió a las mil maravillas. Hicimos al prelado, Mons. Crisanto Luque, un recibimiento que sólo fue superado por el que le ofreciera la capital de la república el día de su entrada como nuevo arzobispo de Bogotá. La ceremonia se repartió entre 2 días, y se realizó con maestría por nuestros alumnos del Teologado Internacional; se ejecutó una misa solemne del maestro Perossi, y el panegírico estuvo a cargo de nuestro amigo y vecino párroco de Funza, Dr. Roberto González Otero.

El día de la consagración la iglesia estuvo perfectamente terminada, con todo lo necesario para el culto; había 60 bancas nuevas, 4 confesionarios, reloj en ambas torres, órgano Hammond, campanas sonoras, ornamentos traídos de Roma. Se sorprendió el Sr. Arzobispo, y me preguntó: "Y ahora qué va a hacer?".

Como acto final cayó un fenomenal aguacero sobre la población y los campos, en las horas de la

tarde. Este fenómeno natural trajo 2 beneficios: saturó con agua la sedienta tierra reseca por el largo verano, y evitó los posibles excesos de alcohol, tan frecuentes en nuestras fiestas populares. "Es que la Virgen piensa en todo", dijeron los campesinos.

Concluidas las festividades de la consagración tuve que pensar en una visita a mi casa paterna. Habían pasado 18 años desde que abandoné a Alemania; ésta había perdido la guerra, la guerra más cruel y más grande de todos los tiempos. Había muerto mi querido padre, quien falleció el día 24 de diciembre de 1944. La mayor de las hermanas, María, estaba de superiora de una misión en Sur Africa. Ana, la segunda y la más inteligente, era religiosa de las Hermanas de la Santa Cruz en Suiza. Mi hermano José, soldado del ejército alemán, cayó al final de la guerra prisionero de los rusos, y sólo después de 4 años de penoso cautiverio logró reunirse con los suyos. Juan, el tercero de los hijos, con su formación salesiana, había fundado, según testimonio del prelado, el mejor instituto católico de la comarca. Todos reclamaban que su hermano mayor viniese a la casa para consuelo y satisfacción de la familia.

Entre tanto ya había llegado la era de la aviación. Se preparó el viaje. El Padre Provincial me regaló el tiquete de aviación en la Compañía Holandesa KLM. Yo no tenía ni un centavo; todo lo había gastado en el templo de la Virgen; y Ella mis-

ma me dio lo del viaje. Cuando supieron en Mosquera que "el Padre" no tenía para el viaje, todos unánimemente organizaron un bazar, cuyo resultado fue un equivalente de 1.000 dólares, más que suficientes para tales gastos. Un viaje transoceánico era en el año de 1951 todavía un acontecimiento. Avianca apenas era una compañía de servicio nacional. Para salir del país había que recurrir a compañías extranjeras. Los horarios eran poco exactos, y las conexiones eventuales. Los aviones comerciales seguían la vieja ruta de los aviones de guerra que los Estados Unidos habían enviado a Europa en ayuda de los aliados. Con todo, el vuelo fue un éxito. Encontré una Alemania todavía destrozada, con profundas huellas de la guerra recién pasada. El recibimiento en mi pueblo fue cordial; fui considerado como un ser del otro mundo -lo que en realidad era-. Tuve que cantar una "Primera Misa" al aire libre, con participación de toda la comarca. Los obsequios fueron generosos. Tocó la banda salesiana de Múnich, ciudad que queda a media hora de camino de mi pueblo. El P. Leinfelder, provincial y gran orador, hizo la oración gratulatoria. Fui a Roma y Turín; y después de 2 meses de un verdadero y necesario descanso volví a Colombia. En Mosquera, la gente, que al emprender mi viaje creía que mi ida a Alemania era definitiva, cuando supo de mi regreso, se volcó hacia cuanto vehículo encontró para ir al aeropuerto de Techo. Me tributaron un caluroso recibimiento; cuando aparecí en la escalera del avión tronó un "¡Viva el Padre

Müller!" en todo el aeropuerto con gran asombro de los demás pasajeros, que miraban a ver qué importante personaje bajaba de ese avión. Al saludarme el Provincial P. Gaudencio Manachino, me dijo en voz baja: "Prepárate, el año entrante te vas para Cúcuta". Era el 7 de Octubre de 1951.

CUCUTA

El 7 de enero de 1952 acudieron al aeropuerto de Techo un puñado de amigos a darme la despedida. Había sido nombrado Director de la incipiente casa salesiana en la ciudad de Cúcuta, capital del departamento Norte de Santander. El cambio de tierra fría a tierra caliente, tan temido por algunos, fue para mí de gran provecho en la salud. El cambio de Párroco a Director de una casa salesiana significa un cambio de vida.

La fundación salesiana de Cúcuta era todavía una obra sin características definidas. Se trataba simplemente de crear una "obra salesiana" sin limitaciones ni especificaciones. "Haz lo que más conviene hacer", fue la consigna. Yo había ido a Cúcuta una sola vez, con motivo de un bazar; en esa sola ocasión me hice amigos de varias personas entre las cuales se encontraba los esposos Coppelio -Faccini, el Sr. José Domingo Pérez Hernández y otros 2 ó 3.

En el aeropuerto me recibió el Director saliente, P. Julio León quien tan sólo estuvo un año en Cúcuta y por motivo de salud había pedido cambio.

Entrega del balance: \$ 1.000.00 de activos en la Caja Agraria y \$ 1.000.00 de deuda en la Librería Salesiana de Bogotá; total, cero. Comencé en 0. Mi fe en la ayuda de la Virgen se había fortalecido tanto durante mis años en Mosquera que no tenía miedo de comenzar y estaba convencido de que también en Cúcuta podría realizar una obra quizás más importante que la de Mosquera. Y no me equivoqué. La primera visita que hice fue a D. José Domingo Pérez, un extraordinario hombre de empresas, con conocimientos profundos de la gente y una visión certera sobre el porvenir de Cúcuta. Poseía un sentido social innato unido a un corazón sensibilísimo para toda clase de obras de caridad. Era de pocas palabras, éstas sí, salpicadas con ciertos modismos regionales. Me recibió muy bien. Sin más preámbulos me dijo: "Me dicen que usted es hombre de acción y que va a crear un colegio para muchachos; le voy a regalar 100 viajes de arena. ¿Cuándo quiere que se los haga llegar?". Yo contesté: "Mañana puede empezar, D. Domingo. "Además -me dijo -yo tengo chircales; como primer obsequio le voy a regalar 20.000 ladrillos. Mañana ya le pueden llevar unos viajes". Salí de la oficina de D. Domingo, un poco aturdido por tanta generosidad, a buscar un maestro de obra, pues la construcción hacía meses estaba suspendida. El próximo lunes, a una semana de estar en Cúcuta, comencé a construir sin un centavo en el bolsillo, sólo confiando en la Virgen. La nómina semanal era de \$ 400.00; a medida que pasaba la semana crecía la tensión,

pero también la fé. Fue el mismo D. Domingo quien el jueves me llama por teléfono y me dice: "Llamé a fulanita (me nombró a una distinguida dama de la sociedad) y le hablé de su necesidad. Hágale una visita y le dará algo". Visité a la citada señora y me regaló \$ 350.00, con lo que prácticamente quedó solucionado el problema de la primera semana. El siguiente lunes continuamos la obra; y así, sin parar, en los 6 años de mi permanencia como Director.

A pesar de la gran necesidad que teníamos de aulas escolares, por el cada vez más creciente número de alumnos, no me abandonaba la idea de hacer otra iglesia a María Auxiliadora. El barrio Popular no tenía capilla. Los domingos decíamos misa, en el corredor, para los alumnos y los vecinos, que de otra manera quedaban sin misa porque la iglesia más próxima era la catedral; y el servicio de buses todavía era muy deficiente. Trabajaba en la ciudad un joven arquitecto alemán, el Dr. Wilpert, quien pronto se hizo amigo mío. Un día le hablé de mi proyecto de hacer una iglesia moderna a la Virgen; le expresé detalladamente mi pensamiento y le rogué me ayudara. Dijo que sería su primera iglesia; y pronto me trajo un anteproyecto. A primera vista me gustó, y de una vez quise comenzar la obra. Pero había que hacer los planos. El Dr. Wilpert no tenía tiempo. Generalmente la elaboración de planos requiere meses o años. Según el derecho canónico, el superior de una comunidad puede permanecer en el

cargo como máximo 6 años. Yo en este breve lapso quería levantar el colegio y la iglesia; tenía, pues, que comenzar sin tardanza. Consulté con los ingenieros del ASICON, una compañía constructora, y generosamente me hicieron los planos para los cimientos; con todo fervor inicié la excavación, cuando en el horizonte aparecieron negros nubarrones que amenazaban acabar con el atrevido proyecto.

Por entonces Cúcuta formaba parte de la Diócesis de Pamplona. Antes de dar principio a la obra hice un viaje a la ciudad mitral y hablé con el prelado, que lo era Mons. Rafael Afanador y Cadena de mi proyecto de hacer una iglesia a María Auxiliadora. Monseñor, que como muchos colombianos -profesaba gran admiración al pueblo alemán, me acogió junto con mi proyecto con mucha benevolencia; y el día de la bendición de la primera piedra -24 de mayo de 1952 -envió un efusivo telegrama de felicitación y augurios. Pero pareció que aquella episcopal bendición no fuera suficiente. Se comenzó a hablar, desde algún púlpito de la ciudad, contra la obra salesiana y sobre todo contra su gestor. Se me acusó de haber obrado mal, haber violado los cánones, de no haberme ceñido estrictamente al procedimiento legal, en uso, para la edificación de una iglesia. Hubo nuevos sermones; pero - como no hay mal que por bien no venga -un señor rico que por radio oyó una de esas filípicas quiso saber quién era ese "Padre" de quien se hablaba tanto. Algún amigo

me insinuó que fuera a visitarlo; así lo hice; apenas me vio me dijo: "Ah! ¿Usted es ese cura Müller? ¿Qué está haciendo? si usted hace algo por la juventud pobre, le ayudo. Para hacer iglesias no le doy nada".

Capté la situación y en seguida me puse a realizar otro plan de obra. Hacía tiempo, el gobierno Departamental me había pedido me hiciera cargo del Instituto Técnico que funcionaba en la ciudad. Por razones obvias no pude aceptar la oferta; tan sólo se podría pensar en aceptar, pero, construyendo nuestros propios talleres y en nuestro propio terreno. Pero no había esperanza para ello, cuando el señor Jorge Soto ofreció esta ayuda.

A-sentí en seguida, y esa misma tarde busqué a un amigo Wilpert y le dije que necesitaba con urgencia un bosquejo para hacer unos talleres; por lo pronto de 1.500 m². A los tres días me trajo el diseño y triunfante, fui con él donde mi nuevo amigos y bienechor. "¿Y cuándo va a comenzar?" Le dije: "En la semana entrante". "Le doy \$25,000. (un equivalente de 8.000 dólares). Hoy le doy la primera cuota, \$2.500.00, y cada quince días puede venir por la cuota siguiente".

Suspendía la obra del templo, y con toda fuerza nos pusimos a excavar cimientos para los talleres, cuando se presentó otra obstáculos. El Secretario de Obras Públicas Municipales amenazaba con

hacer destruir las paredes a la fuerza, porque impedían el paso de una transversal que lógicamente debería dividir el terreno del colegio en dos partes separadas. Contesté comedidamente que por ninguna razón permitiría yo que el lote del colegio fuera dividido y si apelaban a la fuerza, a la fuerza serían repelidos por los mismos alumnos del colegio. No volvieron a molestar. La construcción de los talleres seguían a pasos agigantados, y al cabo de dos meses estaban terminados. Eran dos aulas hermosísimas. Claro que el dinero prometido no alcanzaba; pero yo, haciéndome el desentendido, seguía cobrando cuotas quincenales. Llegamos a \$35.000.00, cuando D. Jorge, en tono jocoso me dijo:

— "Padre, usted me está estafando. No le doy más".

Dije que me hacía falta más dinero. Llegó a darme por todo \$40.000.00. Más tarde se completó la construcción, que llegó a abarcar una extensión de 2.000 m²., y lleva en bronce una placa con el nombre del generoso benefactor.

Toda fundación salesiana es difícil. La fundación en Cúcuta también lo fue. Eramos apenas tres: el P. Eladio Agudelo, el P. Pedro León Reyes y mi persona. No teníamos comedor, ni cocina, ni sala. La cocina era una ramada en un rincón del lote; se cocinaba sobre carbón; de comedor nos sirvió un rincón del corredor, defendido de miradas

curiosas por un biombo. Nuestras habitaciones privadas eran pequeñas, extremadamente calientes, sin baño y sin seguridad. No teníamos nevera. Los vecinos nos mandaban hielo para las bebidas. Celebrábamos misa en un saloncito en el segundo piso. Las alcobas de los padres carecían de todo. Apenas había un catre barato, una mesa primitiva y un taburete de madera. Nadie tenía radio, ni ventilador. El clima de Cúcuta es ardiente y en ocasiones frecuentes extremadamente caluroso, tanto que un visitador de la comunidad dijo con ocasión de una visita que las ciudades más calientes que había conocido en su recorrido eran Calcuta y Cúcuta; tal vez encontró también un poco de homofonía en los nombres.

LA DEVOCION A MARIA AUXILIADORA

¿Cómo hacíamos para propagar la devoción a María Auxiliadora?. Eran pocas las personas que conocían la devoción a María Auxiliadora. Su principal foco estaba en la familia Copello -Faccini. Antonio Copello y Mercedes Faccini su esposa. Los padres de Doña Mercedes (Don Rodolfo Faccini y Doña María Andrade) tenían una imágen hermosa de María Auxiliadora en la casa. Esa casa fue por muchos años la casa hospedaje de los salesianos que de Colombia pasaban a Venezuela o viceversa. En ella murió el salesiano P. Luis Variara el 1 de febrero de 1923.

El P. Variara es el fundador de las Hijas de los Sagrados Corazones, quienes hoy poseen esta casa y tienen allí un floreciente colegio para niños pequeños llamado "El Salesianito". La alcoba donde murió su santo fundador la convirtieron en capilla.

Tenían, pues, los esposos Copello -Faccini muy cordiales relaciones con la comunidad salesiana, y su máximo anhelo fue traer la comunidad a la

ciudad de Cúcuta para la redención de tantos jóvenes. Don Antonio, acaudalado hombre de negocios, poseía unos terrenos muy extensos en las afueras de la ciudad. Para facilitar la venida de los padres regaló un lote de una hectárea y media en lo que llamaban entonces "Los Sauces", y comenzó, de su bolsillo, a construir un tramo del colegio que sirvió de base para la futura obra salesiana.

A la virgen Auxiliadora la conocían unas pocas familias amigas de los Copello. Doña Mercedes celebraba cada año, a sus expensas, la fiesta de María Auxiliadora, en la que no faltaba algún elocuente orador para cantar las glorias de la Virgen. Pero eso no era todo. Casi simultáneamente con nosotros llegaron también las Hijas de María Auxiliadora, para hacerse cargo de la normal Superior de Señoritas. Hicimos el año 1952 la primera fiesta de María Auxiliadora, en la Catedral, con procesión desde la casa de las Hermanas hasta nuestro colegio en el Barrio Popular. La concurrencia era poca, pero había que comenzar.

La gente miraba con cierta curiosidad aquel magro desfile de dos colegios, escasos todavía y magros también. Pero año por año iba creciendo la devoción hasta convertirse en lo que es hoy a los veinte años de distancia. La fiesta de María Auxiliadora es hoy, por muchos aspectos, la fiesta mariana más grande de la ciudad, y su Santuario el más hermoso templo de María Auxiliadora en Colombia.

Però volvamos nuevamente atrás. El Colegio de Bachillerato seguía funcionando, y cada año aumentaba el número de los alumnos. Ahora había que pensar también en organizar la Escuela Industrial. El Sr. Ministro de Educación me facilitó un viaje a Alemania, para traer técnicos. En aquellos tiempos todavía era fácil conseguir maestros graduados en Europa que quisieran emigrar y forjarse un porvenir en la fabulosa pero desconocida América. Conseguí un alemán que por cierto dejó buena semilla de conocimientos en materia de electricidad en el colegio; un italiano como maestro de mecánica; y un ebanista alemán que no se aclimató. Los puse de jefes en su respectivo taller. Resultó que en el campo eléctrico el Instituto carecía de todo, es decir, no había nada.

Encargué a Don Francisco, el electricista, que elaborara el plan completo de dotación para un taller de enseñanza. Me presenté con este plan elaborado al Ministro, y le pedí un auxilio para comprar equipo. Me dió 20.000.00 dólares. El dólar estaba a \$ 2.51 colombianos. Volé a Frankfurt y en la Casa Siemens me elaboraron la lista de todos los implementos. Cuando al cabo de unos meses llegaron vía Maracaibo 26 cajones grandes, llenos de los más avanzados instrumentos de enseñanza técnica, la alegría en el colegio era mucha, y su fama traspasó los límites del departamento, por que nuestro taller electricidad se consideraba como el más moderno y mejor dotado del país.

Entre tanto la obra de la iglesia avanzaba lentamente; carecíamos de planos. Un día me dijo el Dr. Miguel García Herreros, gran amigo nuestro desde el principio: "Padre Müller, haga antes la torre. La torre da mucha personalidad al conjunto de la Obra".

Encontré en el Dr. Vázquez, ingeniero-arquitecto de la Asicón, un amigo y devoto de la Virgen. "Padre, yo le hago los planos de la torre". A los 15 días teníamos los planos. Comenzamos con verdadero fervor a excavar los cimientos de la torre. Debía resistir los vientos alisios de la Cuenca del Pamplonita y los frecuentes terremotos de esta región. Entre tanto había encargado en una famosa fundición de campanas, cerca a Munich en Alemania, 3 campanas para nuestra futura torre. En 5 meses hicimos la torre, una obra maestra en arquitectura moderna. El anciano Obispo de Pamplona, Mons. Afanador, hizo la bendición de la torre. Pronto llegaron las campanas, otra obra genial de la técnica alemana. Como la bendición de campanas es de orden episcopal, tuvimos que traer otra vez a monseñor, quien a pesar de su avanzada edad y de su enfermedad no se negaba a nada que fuera de su incumbencia.

La campana grande pesa una tonelada, y está consagrada a María Auxiliadora; la segunda pesa 600 kg., y está consagrada a San Juan Bosco; la tercera de 350 kg., está dedicada a San Miguel Arcángel. Se hizo la instalación eléctrica para el fun-

cionamiento de los toques. Cuando se estrenaron estas campanas se oía su toque solemne y armonioso hasta en los últimos barrios de la ciudad. Realmente la obra salesiana de Cúcuta había adquirido personalidad.

dad; la presidió el Prelado de Tibú Mons. Díaz Plata con toda la pompa episcopal y nuestras campanas muniquirenses dejaron oír su armonioso repique todo el tiempo que duró la procesión. Se sellaron las festividades con un magnífico banquete que se ofreció en los salones del Club de Cazadores, que fueron gentilmente cedidos por su presidente el Dr. Aziz Colmenares, al cual asistieron los 3 prelados citados, el gobernador del departamento, las personas más destacadas del comercio y de la banca, (generosos bienhechores de la obra) y la comunidad salesiana en pleno, incluyendo el Teologado Salesiano y los Inspectores de ambas provincias colombianas. No se nos olvidó dar gracias a María Auxiliadora por este otro milagro: ya teníamos en Colombia 2 hermosas iglesias consagradas a su nombre.

por 22 de ancho; la estructuración es de hormi-
gón. Tiene muy buena acústica; y a pesar del cli-
ma ardiente es fresca y aireada. Se emplearon un
total de 4 años en su construcción, que constitu-
yó un record en esta ciudad, donde hace lustros
están sin terminar varios templos. Al fin llegó tam-
bién para esta iglesia el día de su consagración.
Rogué al Sr. Arzobispo de Pamplona que hiciera
la consagración. Mons. Bernardo Botero Alvarez
era un prelado muy afable y celoso; tenía gran
aprecio a la Congregación Salesiana; una de sus
hermanas era Hija de María Auxiliadora. La fies-
ta de la consagración resultó verdaderamente sun-
tuosa. Invité al Teologado Salesiano de Usaquén
para que atendiera el servicio del altar y el canto
durante la ceremonia de la consagración. Todo
resultó grandioso, como en los mejores tiempos de
Don Bosco. La consagración del templo estuvo a
cargo del Arzobispo de Pamplona -como he
dicho-; celebró la misa pontifical el Obispo dio-
cesano, Mons. Pérez Hernández. Entre los alum-
nos del colegio y los teólogos se había formado
un coro de más de cien voces, que con singular
maestría ejecutaban -fuera de la misa pontifical
-obras como el "Ave, María" de Schubert y el
"Alleluya" de Handel a 6 voces con los respecti-
vos solos. Creo que en ninguna ocasión, ni antes
ni después, se oyeron piezas musicales tan magis-
tralmente ejecutadas como en aquella ocasión.

Hicimos una procesión de María Auxiliadora en
la cual tomaron parte todos los planteles de la ciu-

Me contestó D. Manuel:—"¿Le sirven 100.000?"

Al día siguiente comenzaron a llegar camiones para dejar ladrillo hasta completar la suma ofrecida. Estando ya para terminar la obra, faltaban todavía los altares. Yo había pensado en altares simples que constarán sólo de una mesa de piedra. Un día cualquiera entró un señor desconocido al templo. Mientras seguía avanzando miraba con curiosidad por todas partes. Se me acercó y me dijo:

— "Yo soy Alfonso Ruan; quiero contribuir para ese templo con alguna cosa importante, en nombre de mi familia".

Le contesté que necesitaba 5 altares de piedra. Me dijo que pidiera el presupuesto. Pagó los 5 altares. En el altar mayor se esculpieron los nombres de sus 4 bellas hijas.

El viacrucis y la enchapada del frontis del templo y de las columnas lo obsequiaba el señor Marco A. Peñaloza.

El señor Juan Sayago pagó la campana grande; la mediana el señor Manuel Ángel y la tercera el Dr. Alberto Duarte Contreras, exalumno salesiano y gran amigo de la obra.

La iglesia de Cúcuta es de estilo moderno, de 3 naves, una central alta y anchurosa y otras 2 laterales más bajas; tiene una longitud total de 67m.

presión hasta entonces conocido. Una vez más dimos en el blanco.

La obra del templo seguía adelante. Había que pensar en los ventanales. Yo quería que fuera de vitrales artísticos que representaran toda la historia de la devoción a María Auxiliadora a través de la obra y sueños de Don Bosco. Un artista y empresario español, Don Mario de Ayala, hizo los diseños y los ejecutó con maestría; los marcos de hierro fueron elaborados en nuestro taller de mecánica, como también las grandes y pesadas cerchas del techo de la iglesia. Un día vino un señor quien se presentó como Don Francisco Riascos, oriundo de Ciénaga (Mgd.), administrador entonces de una gran factoría de forjas en Bucaramanga. Me habló de su devoción a María Auxiliadora y de su deseo de contribuir a la hechura de la nueva iglesia. El resultado de esta entrevista fue que al mes llegaron dos camionadas grandes con más de 70 ventanas de 5 m. de largo, para las naves laterales.

En tiempos un poco anteriores llegó un día el señor Manuel Ángel, asiduo asistente a nuestras misas dominicales, y me dice:

- "Padre, ¿que necesita con más urgencia?"

Contesté:

- "Por ahora, ladrillo".

- ¿Cuantos ladrillos necesita?.

- "Todavía no sé", le respondí.

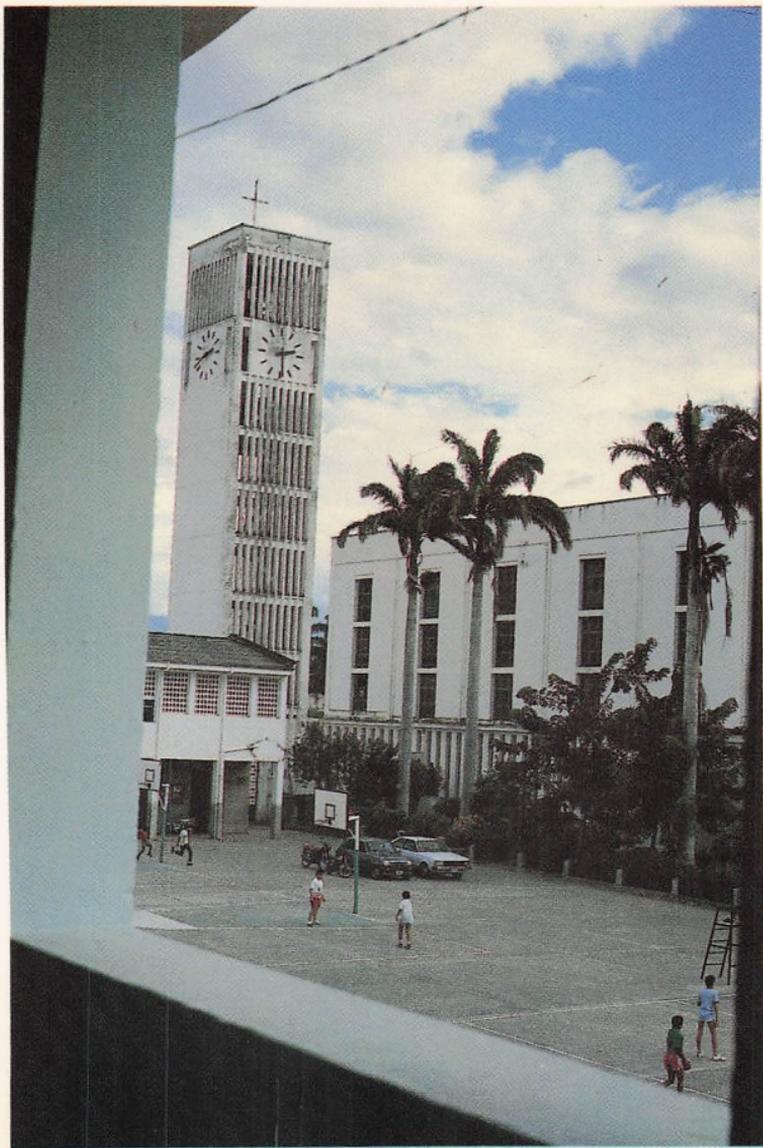
Bosco ejercía una mágica atracción sobre las masas de fieles que acudían a ese templo. Su incomparable belleza, su colorido, la hermosísima faz de la Virgen hicieron de esa imagen el centro de la devoción mundial a María Auxiliadora. Lo mismo, aunque todavía en medida más pequeña, sucede hoy en Cúcuta. La gloria de la Virgen ha salido de este cuadro; su devoción se extiende por la ciudad y el departamento. María Auxiliadora parece cada día más bella y más buena y son ya innumerables las personas que atestiguan su gratitud a la Virgen por grandes y pequeños favores recibidos.

Tuvimos que interrumpir varias veces la obra del templo. La primera vez fue por causa de la hechura de los talleres. La segunda vez por la construcción del salón de imprenta. Desde un principio había pensado en poner un taller tipográfico. Cuando la Escuela Industrial, pasó a nuestras manos, no constaba sino de tres talleres -mecánica, ebanistería y electricidad-. Ya dijimos cómo este último estaba equipado solamente por unos alicates y unos cuantos metros de alambre. Había, pues, que fundar una Escuela Tipográfica. Quería que fuese moderna. En uno de mis viajes visité la fábrica de la famosa prensa rápida de Heidelberg. Resolví establecer un taller con maquinaria de esa marca y de último modelo. Esas máquinas de imprimir, super rápidas y novedosas, causaron mucha admiración a los amigos del arte negro y revolucionaron todo el sistema de im-

EL CUADRO DE LA VIRGEN

ron...
En un viaje que hice a Turín manifesté el deseo de mandar hacer una copia auténtica del cuadro de Lorenzoni que está en nuestra Basílica de Turín. El Sr. Giraudi, ~~Prefecto~~ General, se encargó de conseguir un artista; lo encontró en la persona de NN, quien trabajó un año entero en la obra, a un costo de 2.000.00 dólares; hizo una copia tan perfecta que a muchos les parece mejor que el original. Doña Mercedes de Copello fue la generosa donante. El cuadro fué traído a Colombia por unos sacerdotes salesianos, colombianos, que se habían ordenado en Turín y lo trajeron enrollado, como equipaje de mano, el año 1955. El marco lo hicieron unos ebanistas españoles que vivían entonces en Cúcuta. Como no disponían de un taller tan grande, se hizo en la propia iglesia. Cuando estuvo ya hecho, pero sin poner el lienzo, nadie podía imaginar que se trataba de un marco para un cuadro. Mide 7.50 m. de alto por 4.30 de ancho. Creo que es hoy uno de los más grandes y más hermosos lienzos al óleo, que hay en el país.

El cuadro de la Virgen en la Basílica de Turín - que es idéntico al nuestro -ya en tiempo de Don



Mayo 24, 1958.

Discurso pronunciado por el
Doctor Miguel García Herreros
en la bendición del Santuario de
María Auxiliadora:

"Justamente hoy, hace seis años, para las festividades salesianas de 1952, me cupo la grata oportunidad de pronunciar unas palabras al colocar la primera piedra del que hoy es el hermoso templo de María Auxiliadora en Cúcuta.

Un grupo muy reducido de personas concurrimos a este acto; el canónigo Pedro J. Ortiz; la familia Copello -Faccini, iniciadora e insigne benefactora de la fundación salesiana en Cúcuta, y dos otros amigos más. Como suele ocurrir en esta clase de ceremonias, había en el ambiente general escepticismo sobre la realización de la obra. La primera piedra de una construcción con fines de piedad y de civismo no siempre entusiasma a mucha gente. Pues sólo cuenta al principio, con la generosidad de unas pocas personas, y se convierte en una empresa de larguísimos años, de ordinario para las futuras generaciones.

De los concurrentes al acto que rememoró, el único optimista, seguro y entusiasta era el R.P. Miguel Müller, un sacerdote alemán, recién llegado a nuestra ciudad, en donde se le recibió con simpatía y llaneza, no exenta de cierta curiosidad, por tratarse de un religioso con estilo propio, de

fuerte, a la par que de subyugante personalidad; hombre de ejemplares e irreprochables virtudes sacerdotales matizadas con un discreto e inteligente toque de mundo.

Los cucuteños estábamos acostumbrados a conocer y tratar a los alemanes que, a fines del siglo pasado y en las primeras décadas del presente, vinieron a nuestra ciudad a ejercer actividades mercantiles con pingües provechos. Esos alemanes, vestidos siempre de driles blancos impecables, en su mayoría de distinta religión a la nuestra, dejaron buenos recuerdos por su fina cultura social, por la manera natural como departían con las gentes del lugar e inclusive se mezclaban en matrimonio con nuestras mujeres. Se ha dicho que la honradez, exactitud y seriedad que todavía se advierte en la mayoría de los comerciantes de esta plaza, se deben a la disciplina y a la escuela que las casas alemanas implantaron para el manejo de su numeroso personal subalterno, de donde salieron luego quienes hoy son factores importantes del comercio local. Fuera de este aporte a las buenas costumbres mercantiles, la verdad es que dicha inmigración no dejó obra alguna de aliento, y de sus cuantiosos provechos nos dolemos los cucuteños que no nos hubiese quedado nada útil para esta tierra acogedora.

Pero he aquí que, veinte o treinta años después, un sacerdote salesiano, oriundo de Munich, solo con la ayuda de María Auxiliadora, llega a Cú-

cuta y realiza, en pequeño, algo que sus connacionales han hecho en su país y que se ha dado en llamar "el milagro alemán".

En seis años, el P. Müller, venciendo toda clase de obstáculos y resistencias -los inherentes a esta clase de empresas y los que no lo son -construye un templo esplendoroso, totalmente decorado, con una sencillez, un orden arquitectónico del mejor gusto, que le queda ahí a la ciudad como uno de los más nobles motivos de ornato y enseña monumental de la fe y piedad de nuestro pueblo. Organiza una escuela artesanal que será en breve tiempo una gran universidad industrial, e impulsa un magnífico colegio de bachillerato de más de 500 alumnos.

¿No es en verdad un prodigio, en un medio, si bien generoso, pequeño como el nuestro, realizar obra tan estupenda en tan breve tiempo?

La fundación salesiana queda en Cúcuta sobre bases muy sólidas para que los beneméritos hijos de San Juan Bosco puedan realizar su obra social y educativa bajo los mejores auspicios.

Cumplida su misión se nos va el Padre Müller, quizá para no volver. Probablemente muy pocos tengan o tengamos ocasión de saber de él y de sus actividades de año en año. Se va para el nuevo campo de acción que le señalan sus superiores. "Je sème á tout vent" Yo siembro a todos los vien-

tos, parece ser su consigna, su santo y seña. De nuevo comenzará en otro lugar; y quiera Dios permitirle, como ocurrió entre nosotros, ver las flores y los frutos de su plantación.

No sé si esta gratitud y reconocimiento, que se advierte hoy en el ánimo de todos los vecinos, perdure. Puede suceder que pronto el nombre de este insigne benefactor se caiga de la memoria de estas gentes. Lo sabe el Padre Müller, que camina por todos los caminos del mundo con afán, con teutónito tesón, tras la única, la verdadera, la eterna recompensa".

GIGANTE

Estaba yo muy agotado por el intenso trabajo, el fuerte clima y las muchas preocupaciones que trae una empresa de esta clase consigo. El tiempo canónico de mi directorado en Cúcuta había terminado en diciembre de 1957. El P. Inspector me dejó en la casa en calidad de Prefecto, con el fin de terminar la iglesia y con la condición de cambiarme apenas terminara. Así fue; me ofreció como lugar de descanso la capellanía de la Normal Rural de señoritas en Gigante (Huila), plantel regentado por la Hijas de María Auxiliadora. Me fuí primero a Barranquilla para darme unos baños en el mar. Aquel paseo resultó fatal; por el cambio de lugar se había sublevado toda la colonia de amibas, que los afortunados habitantes del trópico llevan siempre consigo. A los 8 días me fuí a Gigante.

No conocía ni al Huila, ni a los "opitas", quienes a partir de ese viaje, me deberían brindar hospitalidad por espacio de seis años y medio. Soñaba yo durante días y noches, antes de irme a mi nuevo destino, levantar alguna pequeña capilla en algún lugar de esa población; no sabía dónde ni como pero la idea persistía; así que cuando llegué

a casa de las hermanas, salió una de ellas para saludarme, y ví detrás de la hermana y de la capilla de la Normal un cerro redondo, completamente desarborizado, que quedaba a media hora del camino del lugar donde estábamos. Sencillamente dije a la hermana, que me miró con los ojos atónitos, "en este cerro voy a poner una capilla". Yo mismo no sabía lo que decía. El cambio repentino de mi vida, super agotada en la capital del Norte (dejé una iglesia terminada y un colegio de 650 niños y en plena marcha), a la apacible existencia de un capellán de monjas, en la soledad mística de aquel instituto, me produjo un "chock" inicial. Hacía todo lo posible por acomodarme a mi nuevo ambiente. Demasiado cercano estaba el ardiente recuerdo de tantas buenas amistades que por más de seis años me abrumaron con sus demostraciones de cariño sincero, veneración y respeto.

Me puse a dar clase de religión a los cursos avanzados. Al fin resolví salir con ellas a paseo; quería conocer la cumbre de aquel monte; subimos, y ante nuestros ojos se extendió un panorama hermosísimo como pocos he conocido. Era aquel monte uno de los bastidores de la Cordillera Oriental; a unos 5 km. serpenteaba el río Magdalena, todavía joven y vigoroso; y al otro lado los estibadores de la Cordillera Occidental, hasta distancias que se perdían en el crepúsculo de la tarde.

Hicimos mesa redonda y resolvimos bautizar ese hermoso sitio con el nombre bíblico de Monte Ta-

bor. Vi en aquel lugar mucha piedra volcánica que serviría muy bien para los cimientos de la capilla en proyecto.

Cuando les dí a conocer a las niñas de mi curso el proyecto que tenía de hacer una capilla a María Auxiliadora, una cerrada ovación acompañó mis palabras, Y vamos a la obra. Ni siquiera se habló del costo, ni del dinero necesario; y sabía por experiencia que esto era el punto menos importante. Escribí a algunos amigos que me alentaron en mi proyecto y mandaron las primeras limosnas. Las hermanas salesianas se entusiasmaron también; y la directora, Hna. María Gonzálo Jaramillo, prometió pagar los jornales. Ya teníamos la mitad ganada.

Pronto cundió por la población la noticia de que el Padre iba a hacer una capilla en el "Monte Tabor". Este nombre fue enseguida aceptado por todo el pueblo. Primero la noticia despertó curiosidad, después interés y al final vimos la obra terminada, gran entusiasmo.

Escribí a Cúcuta a mi amigo el señor Marco A. Peñaloza, quien me mandó los planos. Escribí a Alemania para que me enviaran una postal en colores de la imagen de María Auxiliadora que se yergue sobre la columna en la plazuela de Munich. Esta postal la envié al pintor ecuatoriano Vicente Herrera, en Cúcuta, para que hiciera una copia al óleo. Hizo un cuadro de un metro de al-

tura. La Virgen Auxiliadora en blanco y azul tiene la corona imperial, en su mano derecha el cetro en posición vertical, el Niño en su brazo izquierdo, los pies pisando la media luna; debajo un letreto que reza: "María Auxiliadora, Madre nuestra"; por un lado un angelito levanta una rama de cafeto, y otro con un gajo de cacao, frutos principales de la región, del municipio de Gigante.

La capilla tiene forma de templete; es hexagonal y termina en cúpula de unos 7 metros de altura, con una superficie de unos 15 m². Todo el interior está revestido de azulejos corona color cobalto, que le da un aspecto severo y aseado. Encima del altarcito, el cuadro de la Virgen María Auxiliadora en un concepto novedoso y bello a la vez.

Pero vamos a narrar algo acerca de la construcción. Después de larga búsqueda se consiguió por fin un maestro joven que se comprometiera a edificar la capilla, acompañado de un ayudante. Salían todos los días a las 6 de la mañana para llegar a las 7 al lugar del trabajo. Llevaban en portacomidas su almuerzo, y trabajaban hasta las 5 de la tarde para luego bajar al monte y volver a sus casas.

Todo el material de construcción hubo que subirlo a lomo de una mula que muy pronto se lastimó, y hubo que cambiarla por una yegua y hasta por un burrito cuyo rendimiento por cierto era muy

escaso. Las alumnas del colegio llevaban a porfía ladrillos y bloques. El agua para la mezcla se llevaba en botijas. Era un trabajo descomunal que tenía en constante tensión nerviosa a cuantos intervinieron en él. Al fin, después de tres meses y medio de trabajos duros, se terminó la obra, y se pensó en una solemne inauguración. El vicario general de la diócesis, hoy obispo de Magangué, Mons. Félix María Torres, celebró la misa e hizo la bendición. Hubo muchísima gente, porque el Sr. Gobernador, prestó un buldózer que nos permitió, en cuestión de 5 días, hacer una carretera transitable para autos hasta la cumbre de la montaña. Fue una fiesta inolvidable; y María Auxiliadora estableció su real trono en el "Monte Tabor" del Huila.

La blanca capilla se observa a una distancia de 30 km, desde el sur del departamento. Y la fama taumaturga, de esa bella imagen de María Auxiliadora se extendió hasta el lejano Caquetá. Podríamos citar una serie de milagros que se han obrado invocando a "La Virgen del Tabor", como la llama la gente. La llama votiva ante su imagen sagrada, arde hoy día y noche.

NEIVA

Estábamos en estas fiestas de la Virgen y en la finalización del año escolar cuando recibí orden de ir a Bogotá a participar en los ejercicios espirituales y en la conferencia de directores. Apenas llegué recibí el nombramiento de director de nuestra casa salesiana de Neiva, que esta íntimamente ligada al nombre del Padre salesiano Medardo Charry y de su hermana doña Virginia Charry, quienes poseían una amplia casa de 2 pisos en el centro de aquella ciudad, casa que fué cedida a la comunidad salesiana con el fin de fundar un colegio nuestro a favor de la juventud huilense. Los Padres Rojas y Saavedra consiguieron más tarde un lote, de parte del municipio, en el cual edificaron un tramo de 2 plantas, construcción muy amplia y sólida. El colegio contaba entonces con escasos 240 alumnos y estaba aprobado hasta el 4o. año de bachillerato. No había capilla, ni bus, ni banda de música. El clima de Neiva es ardiente y seco.

El pueblo huilense es un grupo etnológico bastante definido. Ellos mismos se llaman "opitas", tal vez por su manera de ser algo aletargada y taimada.

De ellos han salido valores nacionales , como Mons. Ismael Perdomo y Mons. Rojas; en el campo político José Hilario López; literatos como José Eustasio Rivera y Rojas Garrido; hombres de empresa como los señores Lara y Suárez; gobernantes como Misael Pastrana y Rafael Azuero; hay eminentes médicos y juristas. El opita, como amigo, es fiel y constante y supremamente hospitalario. Es de arraigadas y a veces ancestrales costumbres religiosas, no exentas de cierto misticismo y superstición; de ahí que las sectas protestantes hayan tenido fácil entrada.

Mi nombramiento como director de la casa de Neiva no me agradó mucho; ya me había acostumbrado al clima benigno de Gigante y tenía pavor a tener que vivir nuevamente en clima cálido. Además la casa de Neiva no entusiasmaba a nadie; eran apenas unos 240 alumnos; el colegio estaba aprobado apenas hasta el 4o. de bachillerato. Además, la misa se celebraba en los pasillos; entonces todavía la cotidiana era obligatoria. El Sr. Obispo, con el fin de que los salesianos nunca tuvieran la regencia de una parroquia, no aprobó el plano de los salesianos, que al lado de un suntuoso colegio de 3 plantas presentaron el proyecto de una hermosa iglesia de 2 torres; y para frustrar definitivamente tales supuestas aspiraciones mandó edificar al lado del colegio (calle de por medio) una iglesia (con fondos de la curia), la erigió en parroquia y se la dió a un sacerdote secular.

Tomé posesión de la casa de Neiva en diciembre de 1958, ya que estaba acéfala por enfermedad grave de su director el Padre Acero. Pero antes de pasar a Neiva, estando todavía en Gigante, recibí una comunicación de la Gobernación del Huila, en la que se me comunicaba que el Gobierno Nacional me había conferido la Cruz de Boyacá. Es la Cruz de Boyacá la máxima y más codiciada condecoración en Colombia. Para imponérmela, el Sr. Ministro autorizó al Gobernador del Huila, Dr. Felio Andrade M., exalumno nuestro, quien en compañía de sus secretarios se trasladó a la Escuela Normal de Gigante; allí, en un acto sencillo, solemnizado por los coros polifónicos de aquel instituto, me impuso la honrosa preseña. No faltó la hinchada fanática en aquel momento: todo el alumnado de la Normal que, con frenéticos aplausos, celebró la condecoración del amado capellán. Son éstos momentos estelares en la vida de uno. Por un lado el reconocimiento oficial de un deber cumplido; por otro la oleada del afecto humano que embalsama el ambiente, lo hace más cálido y más fervoroso. Nunca me imaginé que un día luciría en mi pecho la Cruz de Boyacá, reservada casi siempre a los grandes servidores de la nación. Comprendí entonces que mi misión todavía no había terminado y que en adelante tendría que trabajar todavía más para verdaderamente merecerla.

Comencé a trabajar en Neiva con cautela. Tenía apenas un mes de estadía, cuando durante un fugaz encuentro con el Gobernador, éste me dijo:

— "Padre Müller, ¿qué pasa con su colegio? No parece un colegio salesiano; no tiene vida. Hay que darle más impulso".

Yo contesté que apenas tenía un mes de estar allí, y que una reforma no se hacía de tan corto tiempo.

Como primera medida doté al colegio de un bus; era un automotor grande, bello y nuevito; aquello era una propaganda ambulante: muchos niños no se habían podido matricular en nuestro colegio por la distancia; en seguida se notó un fuerte aumento de alumnos. Luego compré una banda de guerra; el colegio salesiano no figuraba entre los establecimientos notables de la ciudad por carecer de adecuada presentación; ahora con una flamante banda de guerra las cosas cambiaron; a poco tiempo, y bajo la experta dirección del P. John Escobar nuestro colegio se hacía sentir entre todos los colegios de la ciudad por su impecable presentación y su sonora y aplaudida banda de guerra.

Abrimos el 5o. año de bachillerato y pedimos la visita del Ministerio para la aprobación del ciclo completo, se nos autorizó. Vino la comisión; examinó minuciosamente el colegio; se dejó un acta muy elogiosa y fué aprobado el colegio hasta el 6o. año de bachillerato. Aquel año hicimos la primera promoción de bachilleres. El colegio marchaba muy bien; pronto llegamos a ser considerados como el mejor y más grande establecimiento

educativo del departamento. Aún en el deporte conseguimos triunfo tras triunfo; fuimos campeones de básquet y de fútbol. El clima interno del colegio era excelente. Pero desde el primer día que entré a regir el colegio, pensaba en hacer una iglesia en honor de María Auxiliadora.

Existía en la ciudad la Archicofradía de María Auxiliadora. Las Hnas. Salesianas regían el colegio femenino de Santa Librada. Se celebraba cada año la fiesta de la Virgen de Don Bosco. Sin embargo nuestro ya numeroso alumnado no tenía una capilla propia para su misa diaria y sus funciones religiosas. Sabiendo que el Obispo de la diócesis, con sede en la ciudad de Garzón, no era muy amigo de los salesianos y que tal vez no consentiría la construcción de una capilla, fui a hablar personalmente con él. No olvidé encomendarme a la Virgen durante todo el viaje. Me recibió con mucha bondad; atendió con mucho interés mi exposición sobre la necesidad de una capilla, y me dió con gusto el permiso de edificarla. Fue tanta la amabilidad del prelado conmigo que me sorprendió. Ciertamente él había oído buenos comentarios del colegio; pero sin embargo..., más tarde, en una ocasión, hablando del mismo tema con uno de los curiales, me dijo:

— “Esto no es raro; a él le gustan mucho los alemanes, los estima; así que Usted tiene libre entrada donde él y consigue todo lo que quiere”.

Volví a la casa con la firme voluntad de hacer la capilla. Había dos dificultades. El Secretario de obras municipales tenía la intención de prolongar la calle que se interrumpía frente a nuestro lote y que seguía al otro lado del mismo. En coloquios ocasionales le oí decir un día que pensaba pasar la calle a través de nuestra propiedad, y de esta manera habría dividido el colegio. La otra dificultad consistía en que el Sr. Obispo, a sabiendas, no consentiría en una capilla semipública, aunque el Derecho Canónico si lo hacía.

Hubo que obviar ambas dificultades con inteligencia, y se hizo. Encargamos al ingeniero Ignacio Angel Beltrán, cuñado del P. John Escobar, la elaboración y cotización de los planos. Resultó un bello proyecto que a primera vista gustó, aunque no se ciñó exactamente a mis insinuaciones. El costo de la capilla fue estimado en \$ 600.000.00. El dólar estaba ya entonces a \$ 8.00. Con mucho trabajo se logró vender la antigua herencia de la familia Charry -Vitelia; se enajenó por \$ 250.000.00, pagaderos en varios plazos.

Comenzamos en seguida; yo quería sorprender a todo el mundo. Contamos con un buen maestro de obra; y con la experiencia que ya tenía, me arriesgué a construir la capilla solo, sin asistencia técnica. Se principió con todo fervor, y se terminó en un lapso de 11 meses. Cuando el citado secretario de obras se dió cuenta, la capilla ya estaba para terminarse. Echó por radio alguna in-

vectiva contra los "Curas"; de allí no pasó, y todo el mundo se reía. La capilla tiene unos 46 m. de largo por 20 de ancho, con sendos corredores afuera, por ambos lados. El área cubierta total es de 1.000 m². aproximadamente.

Hice nuevamente viaje a Garzón, para invitar al Sr. Obispo a la consagración. Además invité nuevamente al Teologado Salesiano, para que amenizara la consagración. Vinieron los superiores y muchos padres amigos. La fiesta resultó espléndida.

Con gran sorpresa nuestra, el Sr. Obispo habló después del evangelio y, con palabras llenas de unción, elogió la obra salesiana. No dijo nada de las 2 puertas de la iglesia que daban a la calle. Para nuestros estudiantes de teología fueron días de fiesta, un paseo sin igual que hasta hoy recuerdan con gratitud. Por la tarde hubo un acto solemne en el Club Social; varios oradores llevaron la palabra, y todo salió a satisfacción; fue en la fiesta de María Auxiliadora dos años después de haber consagrado la iglesia de Cúcuta.

Preguntará alguno: "Y cómo hizo para conseguir el dinero"?. La capilla salió costando unos \$ 350.000.00, pesos; \$ 250.000.00, menos del presupuesto que hicieron los ingenieros. Tampoco en esta iglesia -como en las de Mosquera y Cúcuta -, una vez terminada la obra, quedaron deudas.

Durante el proceso de su construcción muchas veces sí me encuentre sin dinero. Pero como no suspendía la obra, la gente generosamente me hacía llegar el dinero suficiente para pagar lo que se debía. Noté con gran satisfacción que los favores de María Auxiliadora no se habían agotado; tal vez eran proporcionalmente hasta más grandes que en los tiempos de Don Bosco; primero, porque yo no era Don Bosco; segundo, yo no podía hacer milagros, ni curar enfermos; y tercero, ni Mosquera, ni Cúcuta, ni Neiva podían compararse con Turín, que era capital de un reino.

Tuvimos, pues, capilla en el colegio, una capilla que según el derecho canónico era semipública. Se les dio misa diaria a los alumnos, y se pensó dar una misa cada domingo al público. La hora fue fijada para las 12 del día. Esto suscitó el recelo del vecino párroco, quien dijo que no veía la necesidad de una misa dominical en nuestra capilla. Por otra parte era una iglesia muy bella y provista de todo lo necesario; hasta un órgano electrónico formaba parte del inventario. En discusión un tanto acalorada impuse mi criterio en el sentido de que no era justo prohibir a una comunidad entera ejercer un mínimo de culto. Comenzamos con la misa de 12; era la única misa a esa hora en la ciudad; la hicimos corta, pero con toda la solemnidad del caso; salía el sacerdote revestido de lujosos ornamentos, procedido de una veintena de acólitos, vestidos algunos de obispo. El P. Andrés Rosa tocaba el órgano y un grupo

de la escolanía cantaba hermosas melodías. La misa en poco tiempo fue un éxito; se llenaba la capilla, se contaban hasta 50 automóviles estacionados alrededor de ella, cuyos ocupantes habían venido a misa. Claro que aquello suscitó más celos, pero seguimos hasta el fin de mi directorado con aquel acto de culto a Dios y a María Auxiliadora.

OTRO CUADRO DE LA VIRGEN

A mí siempre me ha parecido que la mejor representación de la Virgen se realiza en un cuadro más que en una estatua. Así que mandé pintar un cuadro de la Virgen, por el conocido pintor cucuteño Marco Mariño, hermano del Padre Miguel Mariño, salesiano. Pintó un hermoso cuadro de la Virgen Auxiliadora, asimilando la versión española de representar la Auxiliadora; ante Ella un ángel de Hinojos rindiendo pleitesía al Niño y a la Virgen. Según la idea del artista, es el Angel de la Guarda de la Santísima Virgen. Un famoso platero de Bogotá nos fabricó un sagrario de pura plata. Nuestras homilias eran cortas y bien planeadas, y no dejábamos de propagar la devoción a María Auxiliadora a toda la gente que acudía a nuestra iglesia. En poco tiempo nuestra capilla se convirtió en un auténtico santuario de la Virgen; y no faltaban casos curiosos; en una ocasión había huelga por atraso de pago; la huelga se prolongó y la situación se tornó muy angustiosa para las pobres familias de los maestros, alguien sugirió acudir a María Auxiliadora; se proyectó una romería masiva del magisterio a la Santísima Virgen en demanda de una solución rápida y favo-

able; dicho y hecho: aquel mismo día fueron aceptadas todas las peticiones de los maestros, y cesó la huelga; me hallaba en la capilla esa tarde, cuando de repente me sorprendió la irrupción de unos 150 maestros y maestras a la capilla, gritando desde la puerta: "Gracias, gracias María Auxiliadora", enseguida entonaron un himno y celebraron conmigo la santa misa, todos profundamente conmovidos y agradecidos con la Virgen.

La protección de la Virgen para nuestra misión en Neiva era visible. Se pudo completar la obra del colegio con notable aumento de aulas escolares. Llegamos a 570 alumnos. No tuvimos ningún contratiempo serio; el bien que se hacía era inmenso. Poco a poco, empero, aparecieron oleadas de una supuesta restauración y reforma; y cosa rara la reforma debería comenzarse por el aspecto espiritual:

— "No más misa diaria para los alumnos".

La oposición no venía de parte de los jóvenes.

— "Más deporte, más desfiles olímpicos". "Menos rezo, pero no procesiones".

— "La misa dominical debe ser espontánea. La catequesis debe ser laicizada". "Nada de conferencias, ni cursillos, ni aprendizajes de memoria...".

Yo como director me opuse hasta donde pude; sostuve la misa diaria hasta el último día de mi di-

rektorado. Invitábamos al vecino Colegio de las Hermanas Salesianas a nuestra misa, y celebrábamos misas comunitarias verdaderamente edificantes, con asistencia de unos 800 alumnos de ambos sexos. El director que me sustituyó en el cargo, cambió a su llegada todo el sistema: ni misa, ni rezo en común, con el resultado de todos conocido: ignorancia religiosa.

El colegio al poco tiempo se vino abajo, hasta el punto que se pensó en cerrarlo.

Anteriormente, con los ahorros pudimos edificar una iglesia y el colegio; y ahora en cambio viene la quiebra económica. Tuvo que intervenir el Consejo Inspectorial para sanar tal situación. El director tuvo un triste final.

El año de 1964 fue el último de mi directorado en Neiva. A mitad de año vino el P. Luis Rodríguez, Provincial, para practicar la visita inspectoral. En un momento dado me preguntó si quería ir a Ciénaga. Me cayó de sorpresa esa pregunta y me callé. Había tenido noticias no muy halagadoras de nuestra reciente fundación de Ciénaga, Magdalena. Además yo estaba muy cansado del trajín de tantos años, y había ya hablado al superior acerca de la necesidad que experimentaba de un período de descanso o de una ocupación menos onerosa.

El iniciador de la obra en Ciénaga fue el P. Carlos Rivas, distinguido sacerdote salesiano, dota-

do de una sensibilidad humana como pocos. Durante su rectoría en el Seminario de Barranquilla había conquistado la simpatía y la admiración de innumerables personas de la capital del Atlántico. Si bien se ganó en poco tiempo el corazón de los cienagueros, no era la persona para fundar un colegio, levantar paredes, entenderse con planos, ladrillos, cemento y todo el "mamotreto" de una construcción. El Padre se hallaba "desesperado".

Vino entonces un acontecimiento que cambió totalmente la situación: el P. Carlos Julio Rojas, director del colegio Salesiano León XIII, en Bogotá, moría repentinamente. Fue entonces llamado con urgencia el P. Rivas para que ocupara la vacante rectoría en aquel importante plantel.

Como el tiempo de mi directorado en Neiva tocaba a su fin, alguien sugirió al Superior: "por qué no mandar al P. Müller a Ciénaga?".

A la propuesta del superior le contesté que lo iba a pensar. No me halagaba nada este ofrecimiento. Un mes más tarde el P. Inspector regresó a Neiva e inquirió de nuevo; entonces le contesté textualmente: "Padre, si usted me pregunta si quiero ir a la Costa, le tengo que decir: "No quiero ir". Pero si Usted quiere que yo vaya, mándeme y con gusto voy; soy religioso; siquiera, me da la ocasión de cumplir con mi voto de obediencia. El Superior asintió agradecido, y me dijo que me alistara para ir a Ciénaga. Me dijo además que me

ponía de árbitro a ver si aquella fundación podía seguir adelante o más bien debería cerrarse. Así, de un día para otro, me vi frente a una nueva empresa que debía copar todas mis energías y ésto por varios años.

CIENAGA

Temporalmente, estaba al frente de aquella fundación, el P. Gabriel Correa. Le escribí que iba a hacerle una visita. Era un tiempo de vacaciones, al final del año. Deseaba yo dar un vistazo a esa obra para formarme una idea de lo que se podía hacer. Yo apenas conocí la Costa fugazmente, pero no conocía la idiosincracia de su pueblo, ni sus costumbres ni su modo de vivir. Cuál no sería mi sorpresa cuando fui recibido en el aeropuerto de Santa Marta por un nutrido grupo de damas que con ramos de flores habían acudido a darme la bienvenida y que entre abrazos y besos me saludaban. Por un momento no sabía si yo todavía era el Padre Müller o un actor de cine. El recibimiento no podía ser más cordial. El P. Correa les había dicho que yo era el Padre que iba a construir un gran colegio. Por la noche hubo un "party" en un hogar de la ciudad. Se reunieron allí cerca de una docena de padres de familia rigurosamente vestidos como para un gran acto. Hubo discursos y brindis; y saboreé por primera vez el famoso coctel de ostras y un plato de camarones. "Caí parado", como reza el dicho. La simpatía por los salesianos fue general, y gracias a

Dios se ha conservado hasta hoy. Al día siguiente fuí a ver el predio que había cedido el municipio para nuestro colegio, y no me gustó. Había pues, que buscar otro lote más adecuado.

Volví a Neiva; terminé el año y me dispuse a viajar definitivamente a mi nuevo destino. El Padre Superior había retirado de Ciénaga la comunidad existente, por carecer de vivienda y por la incertidumbre del porvenir de esa fundación. Para no hallarme completamente solo resolví llevarme como secretario y persona de confianza al joven Antonio Gutiérrez, hijo de Rosa Tulia de Gutiérrez, Matrona de imponderables virtudes. Antonio me acompañó, pues en mi segundo y definitivo viaje a Ciénaga, y fue mi mano derecha los tres años que estuvo conmigo. Durante ese tiempo desarrolló grandes cualidades pedagógicas, manejó el colegio de 80 alumnos con mucha habilidad y mostró un gran sentido de reponsabilidad. Gracias a estas cualidades de mi secretario yo me podía consagrar a la construcción del colegio. Había que buscar primero el lote. Por días enteros recorría la costa frente a la población en busca de un lugar adecuado. Se me había metido la idea de que tenía que ser un punto con vista al mar. Un buen día, andando con el senador Alfredo Riascos, descubrimos un pedazo de tierra llena de monte y trúpillo, que una vez limpiada con la ayuda de "buldózer" podría servir para nuestro propósito. Era de propiedad del señor Juan González, persona filantrópica y conocida en Ciénaga. Entró en ac-

ción nuestro comité de damas, que se había constituido a propósito. Y esa misma noche lo visitó, en pleno, en su propia casa. Don Juan, al ver tan insólita invasión a su residencia, puso las manos arriba y dijo:

— ¡“Todo lo que queráis, pero dejadme con vida!”.

— “Queremos un lote para el colegio Salesiano”.

Don Juan, gustosamente accedió. Al día siguiente fui a ver el lote y observé que tenía apenas una hectárea de extensión; pero al fondo había otro lote más grande, adyacente al primero; se informaba que los dueños lo iban a vender. Ya me había enamorado del sitio, y me parecía que no había otro igual. Les propuse comprarlo. El P. Rivas me había dejado una suma de dinero resultante de la rifa de un jeep, así que yo podía ofrecer compra. Pero he ahí la primera dificultad: tras muchas conversaciones con la dueña del lote, ella hizo un consejo de familia y resolvieron no vender.

Yo estaba en una tensión nerviosa tremenda. Era un viernes de cuaresma en 1965. Y me encontraba al frente de la iglesia parroquial de Ciénaga cuando el cartero me entregó un telegrama; lo leí: “Murió Padre Savio”.

El P. Egidio Savio, salesiano de los grandes de nuestra Congregación en Colombia, italiano de

nacimiento y colombiano de corazón, había pasado más de 50 años en Colombia sin jamás volver a su tierra natal. Fue de la misma familia de Santo Domingo Savio, cuyo apellido llevaba. Los últimos 25 años de su existencia los pasó en una silla de ruedas, a causa de una grave artritis que le aquejaba. Fue un héroe del dolor. Pues bien, a los dos nos unían lazos de mutuo aprecio; él se alegraba como un niño cuando le contaba los favores que la Virgen me hacía.

Cuando recibí entonces la infausta noticia de su santa muerte, salió de mis labios esta oración: "Padre Savio, tú estás ya con Dios; pídele que si es su divina voluntad que nos quedemos en Ciénaga, que se arregle el asunto de la venta del lote y mañana le diré una Santa Misa"...

No sabía yo que en aquel momento la dueña del citado lote estaba haciendo el viacrucis en la iglesia, en compañía de otra señora importante y amiga nuestra. Pues al terminar el rezo del viacrucis le dijo a la otra señora:

— "Digalé al P. Müller que sí le vendo el lote".

Lo supe apenas el día siguiente; pero entre tanto el comité había obrado; consiguieron de la señora una considerable rebaja en el precio. Impresionado por tan súbita solución del caso, dejé pasar un día y una noche para serenarme y ver después detenidamente el lote. Era un pedazo de tie-

• rra verdaderamente hermoso, de aspecto paradisiaco. Encontré toda la exhuberancia de la fauna y flora tropical. Garzas, buhos, carpinteros, iguanas, boas, osos hormigueros, etc... en medio de grandes árboles frutales, mangos, cocoteros, tamarindos, árboles del pan, zapotes, caimitos, etc...

La alegría mía fue inmensa. La extensión total del terreno con la parte adquirida antes, eran unas 5 hectáreas. La misa por el alma del P. Savio fue una misa de acción de gracias.

Una vez adquirido el lote había que pensar en la construcción. Nadie se imagina los trabajos que tiene que pasar uno en tales empresas. No había luz, ni agua, ni vivienda; ni conocía a nadie para encargarlo de la obra. Hicimos primero un aljibe; a 100 metros del mar conseguimos agua dulce. Después hice una casa de estructura metálica, para guardar las herramientas. Traje un maestro conocido mío, de Mosquera, quien nunca se acomodó bien en el ambiente costeño. Hicimos bloques de cemento, pero resultó más ventajosa la compra de ladrillo; conocimos contratistas de mala fe. La obra avanzada trabajosamente. Pedí al Señor que me mandara una persona responsable y de confianza, y así sucedió.

La gente cienaguera se interesó vivamente por nuestra obra. Las damas eran incansables. Hicieron reinados, bailes, rifas y cuanto pudieron para ayudar a la obra.

Había en un altar lateral de la iglesia de Ciénaga una bella imagen de María Auxiliadora que en tiempos pretéritos había sido donada por la familia Riascos. También muchos años antes de nuestra llegada existía una archicofradía del mismo nombre, organizada y sostenida por un par de exalumnas salesianas. En seguida traté de reorganizar la archicofradía.

En la primera ola de fervor todas las damas de la sociedad entraron a la asociación, e hicimos recepciones que las candidatas con el cirio en la mano y ataviadas de fiesta se consagraron a la Virgen. La fiesta de María Auxiliadora se hacía con pompa y gran procesión. El fervor y el buen gusto dominaban en aquellas salidas en honor de la Virgen. El costeño es un alma religiosa a su manera. En ninguna parte se saluda tanto al sacerdote como en la Costa. Pero el prolongado abandono religioso, la ignorancia, la extrema pobreza y no de último el vicio del trago, el adulterio, desfiguraron en él la verdadera imagen de la religión. La misma religión que profesan está muy mezclada con creencias falsas y supersticiones. De ahí también la importancia y la necesidad de un establecimiento educativo como el nuestro para formar núcleos de sólida instrucción religiosa. Nuestros jóvenes del colegio eran buenos; les gustaba confesarse, rezar y cantar; y en caso de huelga nunca tomaron parte en manifestaciones callejeras y desórdenes, con gran consuelo de sus progenitores y para loor de un colegio salesiano.

La obra nuestra seguía adelante, lenta pero constantemente. Se construyeron primero seis aulas escolares; después seis alcobas. Toda la obra abarca tres tramos de un solo piso, cada uno de 60 m. de largo, en estilo "bungaloo", con un corredor y ante jardín, cada tramo. Ellos estaban ordenados de tal manera que no penetrara el ardiente rayo de sol en ninguna hora del día. En el centro un gran patio de juego, y al fondo la capilla, hermosa obra de estilo moderno.

Cuenta además el colegio con un amplio salón de actos semicubiertos y un bien trazado campo de fútbol, bordeado de gigantes árboles de mango. Al finalizar la construcción teníamos 10 aulas escolares, 13 alcobas cada una con su baño y balcón, cocina con todas sus dependencias, comedor, sala de comunidad, 3 oficinas, es decir no faltó nada.

Se hizo la inauguración, los niños se sentían felices: ya tenían su colegio salesiano. Esta vez pensé primero terminar el colegio y después edificar la capilla, si era así la voluntad de Dios.

Para el servicio higiénico tuvimos que hacer grandes pozos de decantación, ya que no se permitió echar las aguas negras al mar. Esto demandó grandes erogaciones de dinero. A veces no sabía de dónde sacar plata. Restituímos el lote que había ofrecido el municipio, y exigimos que nos pagaran la paredilla que había hecho el P. Rivas. So-

bre el pago de esta construcción tomé prestado un dinero en el banco; hizo de fiador un conocido y un rico hacendado de Ciénaga. Se debía devolver el préstamo dentro de seis meses. El gobierno no cumplió con el pago; yo no tenía un centavo; así que, con gran pena mía, el amigo fiador tuvo que pagar la suma de \$50.000.00. A esto se agregaba la súbita bajada y desaparición del negocio bananero, motivada por la repentina e improvisada retirada de la United Fruit Company. Aquello causó un verdadero trauma en la población. Centenares de gentes quedaron sin trabajo, y sobrevino una verdadera crisis económica y de hambre.

Los mismos dueños de las ricas haciendas estaban al borde de la ruina. Acostumbrados a recibir pingües cheques en dólares cada semana y a gastar el dinero a manos llenas, nadie había pensado en que este sistema podría cambiarse un día. La bajada vertical del banano cayó como bomba y desde luego tuvo sus fatales consecuencias también para la incipiente obra salesiana.

Habíamos terminado ocho aulas de clase, pero carecíamos de todo; había que arreglar el patio, donde crecía un junquillo de 30 centímetros de altura e impedía el juego; necesitábamos con urgencia un bus para el transporte de los alumnos, ya que nuestro colegio estaba a dos kilómetros de la plaza principal; no había banda, ni un instrumento de música en la casa.

Cuando un día el gerente de la nueva entidad bananera me dijo:

— "Padre, si desea un día ir a Alemania, avíseme; le puedo conseguir un viaje por barco, gratis".

La mayor de mis hermanas había ido al Sur de África como misionera, ya llevaba 40 años en tierra africana y jamás había vuelto a su casa. Con el generoso ofrecimiento de un viaje de cortesía, resolví convencerla que nos encontráramos, si quiera por la única y última vez, en nuestra patria chica. Después de largas insistencias accedió. Ella se vino en "jet", desde la Ciudad del Cabo y yo me embarqué el 15 de noviembre en un lujoso barco de la Hornline con rumbo a Hamburgo. Pensábamos celebrar juntos la navidad con nuestros hermanos. Fue un viaje por mar inolvidable. Como invitado de cortesía me dieron la cabina 1-A con sala de recibo; todo un "suite" presidencial.

La atención fue exquisita. Conocimos las islas francesas de Guadalupe y Bassterre, donde nuestro barco completó su carga bananera. Llegamos a media noche del 30 de noviembre del 67 a Hamburgo, donde llamé primero a mi casa para luego viajar por tren a Munich, donde mis hermanos junto con mi hermana africana me esperaban. No supimos que decirnos momentáneamente después de una separación de 40 años. Pasamos días felices, cambiando ideas, recordamos nuestra común infancia; yo no la había conocido monja y ella no me había visto como sacerdote.

Los vecinos de nuestra parroquia se alegraron mucho de nuestra llegada y todos demostraban gran generosidad. Mi hermana, que hablaba muy bien el inglés, no pensaba sino en sus africanos; y al cabo de seis cortas semanas se volvió a la Ciudad del Cabo, su vasto campo de apostolado, para morir allí al término de un año y medio, de cáncer. Durante su visita a Alemania ya llevaba el germen de la enfermedad en su organismo.

Entre tanto yo, pensando continuamente en mi tan necesitada obra de Ciénaga, procuraba conseguir cuanto podía para dotar el colegio de lo indispensable. La compañía naviera también me ofreció el viaje de regreso con cuantos enseres obtuviera. Conseguí un volkswagen, un instrumental para una pequeña banda de guerra, un harmonium, un equipo de sonido, vestidos, regalos para mis bienhechores, un saxófono y mil otras cosas más, y como máxima adquisición un flamante bus ¡Mercedes-Benz! de las Empresas Municipales de Munich, que duró un año más en llegar y hasta hoy está prestando un incalculable servicio al colegio. Volví en el mismo barco.

Me ahorro describir las escenas de alegría que se vivieron a mi llegada a Santa Marta. Se hallaban allí todo el alumnado del colegio y los padres de familia ubicados sobre el muelle. No quiero recordar tampoco los trabajos y afanes que pasé para sacar todo ese cúmulo de enseres útiles que traje para el colegio y que fueron almacenadas en las

intrincadas dependencias de la Aduana Nacional. Me tocó ir hasta Bogotá y pedir la intervención de la Embajada Alemana. Al fin se arregló todo a satisfacción, y disfrutamos de todas estas cosas bellas y útiles hasta el día de hoy.

OTRA IGLESIA A MARIA AUXILIADORA

Como en las ocasiones anteriores, el pensamiento de levantar también en la Costa una iglesia a **María Auxiliadora** nunca me abandonó. Pensaba no tan sólo en la necesidad presente sino también en la futura. Un día no lejano la "Costa Verde" se poblaría también, y se extendería Ciénaga por el lado del mar; ya veía yo los barrios nuevos que se levantarían en un futuro no lejano en aquella hermosa costa, y también exteriorizaba mi pública devoción a la **Auxiliadora** que me empuja a levantarle cuantos santuarios fuera yo capaz.

Ya se me encanecían los cabellos y los setenta años que llevaba encima me anunciaban el irrevocable ocaso de la vida: "Trabaja mientras es día; en la noche nadie puede trabajar". Me cansaba ya muy pronto, sentía fatiga en manejar el vehículo, y notaba una considerable disminución de energía; sin embargo la voluntad y la costumbre de trabajar se imponían. Desde los años de nuestra infancia estábamos acostumbrados a trabajar duro; y el ejemplo inolvidable, imborrable de mis padres lo tenía siempre ante mis ojos.

La obra del colegio estaba más o menos terminada. No se podía pensar ni remotamente en la construcción de una iglesia. Liquidé entonces a los obreros y suspendí la construcción. Con cierto pesar y remordimiento vi salir al maestro y a los obreros; y me pareció que había cometido un pecado contra la Divina Providencia.

Pasó más o menos un mes; la obra estaba parada, yo sentía como cierto malestar, no sabía qué hacer, cuando de un día para otro apareció nuevamente el maestro y con voz suplicante me dice:

— "Padre, no tengo trabajo; el dinero que me dió ya se me acabó. ¿Por qué no hacemos la iglesia?"

Le contesté:

— "Porque no tengo dinero".

A lo que me respondió:

— "Pero, Padre, yo he notado que a Ud. le ayuda mucho mi Dios; si comenzamos verá que no le va a faltar".

Pensé yo en mis adentros: este hombre me está dando una lección de fe; de veras me está faltando fe: fe en Dios, en su Divina Providencia. Al fin le dije: bueno; comenzamos entonces el lunes siguiente con unos 7 u 8 obreros; que la nómina por el momento no pase de \$1.500.00.

Fue así como comenzamos la construcción de la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Ciénaga. Nuevamente a fiar materiales en todas partes, porque los ahorros apenas alcanzaban para pagar jornales. Hubo que encargar la estructura metálica de triple cima a Medellín, cuyo costo era de \$60.000.00. Había que pagar \$15.000.00, al contado para encargarla. Se me ocurrió visitar a un viejo amigo mio, alemán y rico comerciante quien durante mi estada en Cúcuta fue un gran cooperador en la obra salesiana; fuí a visitarlo a San Cristóbal, Venezuela. El encuentro fue cordialísimo. Me invitó a almorzar en su casa; preguntó detenidamente por mis actividades. Entonces yo le descubrí mi urgente necesidad. Al salir del comedor me dijo: "No se afane, Padre; yo le regalo los \$15.000.00; y acto seguido me dió un cheque de 4.000 bolívares, lo suficiente para cubrir aún los gastos del viaje.

Pasaron varios meses. Trabajamos febrilmente en la construcción del templo. Se habían levantado los muros para recibir la pesada carga de la estructura metálica. Llegó el telegrama de Medellín exigiendo el pago definitivo de ella. Había que pagar primero; después la entregarían; la cuenta era de los restantes \$45.000.00. Además debía cemento y madera por valor de \$28.000.00. Si quiéramos seguir era necesaria una subvención fuerte de dinero que solo se podía conseguir por medio de un milagro; y no se hizo esperar; fue aquel sábado, -ni recuerdo cómo-, con mil traba-

jos alcancé a reunir lo de la nómina semanal. No me quedaba ni para el mercado del domingo. En son de chanza le dije al maestro:

— “Esto es todo lo que tengo; es la raspa de la olla; no sé cómo seguirá esto, pero yo confío en Dios. El lunes seguiremos trabajando. El nos ayudará...”.

Estaba yo hablando esto, cuando llegó el Padre Correa en el VW, me entregó el estipendio de tres misas, y dijo:

— “Vea, para qué afanarse? La Virgen ya nos mandó lo de la carne para el domingo”.

Estábamos comentando el suceso cuando sonó el teléfono:

— “Padre, lo llaman de la oficina de Avianca. La señorita encargada del correo aéreo”.

— “Padre, aquí tiene un sobre largo, de Alemania, recomendado”.

— ¿Quién es el remitente?

— “No sé alemán.

— “Pero, niña, deletree un poco”.

— ¿Qué dice?

— Padre, aquí dice: "BANK".

— Aguarde unos momentos: ya voy.

Volé en el VW, fue un cheque de un banco alemán por valor de 7.300 dólares, entonces 30.000 marcos alemanes, regalo de un obispo alemán para nuestra obra de Ciénaga. Fié en seguida un ticket para ir Bogotá.

Con el dinero recaudado de este cheque maravilloso se alcanzaron a pagar todas las deudas y dar un nuevo empujón a la obra. Al cabo de unos meses nos vimos nuevamente en apuros, y nuevamente llegó otro auxilio considerable que nos permitió terminar la obra. La fecha de la consagración fue fijada para el 24 de mayo de 1970. Unos artistas españoles residentes en Medellín hicieron una bella imagen de María Auxiliadora y un Cristo gigantesco para el fondo de la iglesia. Se logró todavía edificar un salón semiabierto que sirviera de escenario para la fiesta de la consagración y más tarde como salón cultural del colegio.

La obra terminada presenta un aspecto bellísimo; y los numerosos amigos y bienhechores de la obra salesiana de Ciénaga quedaron gratamente impresionados al verla tan funcional y hermosa tras largos y penosos años de lucha y vicisitudes.

Mientras escribo estas líneas, ya la obra salesiana de Ciénaga tiene unos 400 alumnos en 10 cur-

sos y aspira a obtener la aprobación total del bachillerato.

Para la consagración de la iglesia invitamos al Sr. Obispo de Santa Marta, Mons. Norberto Forero García, hermano del Padre Forero, salesiano y gran amigo de nuestra comunidad. Ponderó mucho la obra salesiana de Ciénaga, y la iglesia le pareció la más hermosa de la Costa.

Vino para ese acto también el P. Garnero, del Consejo Superior, y desde luego el Inspector Fernando Peraza y junto con el Vicario Inspectorial, P. Jaramillo. El ya famoso comité de damas preparó un suculento almuerzo y no faltó la champaña que dos días antes había conseguido en un barco italiano, en el muelle de Santa Marta. El capitán de aquel barco trabó amistad conmigo, y al saber de lo que se trataba me vendió a precio irrisorio una caja de ese vino espumante tan imprescindible para tales ocasiones. Al final de la fiesta el P. Inspector me preguntó cuánta deuda me quedaba, y pude contestar:

— “No debo ni un centavo, Padre; pero tampoco tengo ni un centavo en caja. Así son las obras de Dios”

Al mes de esta fiesta memorable recibí la noticia de la santa muerte de mi hermana en África, quien después de 42 años de una labor apostólica muy eficaz en las misiones del África del Sur, murió

en la paz del Señor el día de la fiesta de la Virgen del Perpetuo Socorro, de quien ella era muy devota. Esta muerte me conmovió mucho, ya que ella en sus últimas cartas expresaba el deseo de verme antes de morir. Al poco tiempo también recibí la noticia de que mi última hermana residente en Alemania estaba afectada de un cáncer incurable. Así la alegría de haber podido terminar la cuarta iglesia de María Auxiliadora fue ensombrecida por estas dos infaustas noticias que me hicieron ver con más claridad que nunca la realidad de la vida humana en la cual todo aquello no es eterno, no tiene valor ninguno.

BUCARAMANGA

En alguna ocasión me encontré con el Superior en la casa de Cúcuta, y más precisamente en la iglesia de María Auxiliadora allí. El Padre me prometió en aquella ocasión que una vez terminada la obra de Ciénaga me mandaría a esa ciudad a encargarme de esa iglesia. Sin embargo, al finalizar el año, el Padre cambió de parecer y manifestó el deseo de que me hiciera cargo de la Parroquia de María Auxiliadora en Bucaramanga.

En Bucaramanga hace muchos años existe una gran devoción a María Auxiliadora. En la Parroquia de San Laureano está erigida canónicamente la Archicofradía de María Auxiliadora, y todos los años se hacía la fiesta de Ella con mucha solemnidad. La fundación salesiana misma se hizo alrededor de una pequeña capilla de María Auxiliadora, que estaba en los predios que pertenecían a la señorita Sofía Camacho, quien fue el alma de la reciente obra salesiana y promotora principal de la devoción a María Auxiliadora.

Los salesianos que regentan hoy una imponente escuela industrial habían comenzado años atrás

la construcción de una gran iglesia a María Auxiliadora. Debido a la diversidad de criterios en la ejecución de la obra, ella no llegó nunca a concluirse; de tal manera que yo al recibir la administración de la parroquia necesariamente tendría que hacerme cargo de la construcción del templo y su conclusión final. Mi ánimo ciertamente no estaba para hacerme cargo de otra construcción. Estaba demasiado cansado, y así se lo manifesté al Superior.

Me ofrecieron un viaje a Alemania: motivado en los recientes luctuosos acontecimientos de la familia, y también para un necesario descanso.

Este viaje, primer viaje transoceánico en "jet", si bien fui espléndidamente recibido y atendido, el fuerte clima del invierno me hizo mucho daño. Volví con agrado a Colombia a encargarme de mi nuevo puesto como párroco de María Auxiliadora en la ciudad de Bucaramanga, a donde llegué el 24 de marzo de 1971. Un mes más tarde, el día 24 de abril, comencé con la obra del templo. Este estaba ya en su etapa final, que es generalmente la más delicada y la más costosa. Se agregaba el hecho de que en la construcción se habían desviado completamente de los planos originales, de manera que hubo que buscar soluciones prácticas que dejaran satisfechas la estética y la economía.

Me propuse no tumbar nada, buscar la manera de dar una fachada aceptable al conjunto, mejorar

lo que se podía y terminar cuanto antes la obra. Ya llegaban voces de censura a mis oídos: "Para esa iglesia ya se ha recogido bastante limosna; para qué piden más"? Aunque aquello no fuera cierto había que terminar esa obra cuanto antes. Mi posición no era fácil. Ya no era yo el director de la obra salesiana, no podía disponer de los fondos de la comunidad, sino tan sólo de las escasas entradas de una parroquia pobre. Pero como en este caso, me sacó de todos nuestros apuros nuestra querida Auxiliadora.

Después de 13 meses de arduos trabajos tuvimos la dicha de inaugurar la iglesia de María Auxiliadora en Bucaramanga el 24 de mayo de 1972; dos años después de consagrar el templo de Ciénaga. Gasté en Bucaramanga la suma de \$500.000.00, que significó una erogación de \$1.250.00 diarios. Milagro de la Virgen!

Asistieron a la inauguración un gran número de sacerdotes salesianos de ambas provincias, el Consejo Provincial de Bogotá y muchos sacerdotes de la Diócesis de Bucaramanga, que así pusieron de manifiesto la gran devoción que tienen a María Auxiliadora en el pueblo santandereano.

La iglesia una vez terminada resultó singularmente hermosa y atrayente. Tiene piso de granito brillante, un precioso techo de madera. Toda la serie de ventanas son de vitrales artísticos, diseñados y fabricados por el maestro español Marco de Ayala,

de la ciudad de Cali, quien a su vez había hecho los vitrales de la iglesia de Cúcuta.

Ocupa el lugar céntrico del presbiterio un altar de mármol italiano. La loza del altar, de mármol verde de Carrara, es de singular belleza. A un lado del altar mayor, una gran urna de piedra con el Santísimo Sacramento; al otro lado una moderna y funcional fuente bautismal; ambas obras del famoso maestro Antonio Pereira, de la ciudad San Gil. Todo el presbiterio está enchapado en madera, trabajo impecablemente ejecutado por los profesores de ebanistería del Colegio Salesiano. La instalación eléctrica fue hecha por nuestros alumnos del Técnico, y las lámparas fabricadas por un exalumno salesiano en Medellín. Harmoniza las funciones religiosas un órgano traído de Italia por el P. León Arango.

Pero la máxima atracción de la iglesia es la imagen de María Auxiliadora. Una imagen al tamaño natural, hecha en Medellín y obsequiada por el entonces Gerente de la Compañía Colombiana de Tabaco, Dr. Luis Arango. Es una bellísima imagen muy venerada en Bucaramanga, visitada casi continuamente por toda clase de gente y siempre circundada por un mar de luces. Ciertamente, en ninguna parte se ha visto una devoción tan intensa a María Auxiliadora como en Bucaramanga. Los días 24 de cada mes son días de verdadera romería a la iglesia; en una ocasión contamos con más de 500 socias de la archicofradía de María Auxiliadora que habían venido a la misa.

FINAL DE UNA EPOCA

En muchas ocasiones fui preguntado cuál era mi secreto para conseguir el dinero necesario para mis obras?.

Siempre contestaba que era un carisma personal no transmisible. Sin embargo hay ciertas cosas básicas que hay que observar si uno quiere que Dios le ayude. Desde nuestra juventud aprendimos de nuestros padres la austeridad. Nunca derrochábamos el dinero. Para mí el voto de pobreza emitido en la Comunidad no fue problema. Nunca lo sentí. Este tren de vida lo conservo hasta hoy. En mis viajes gastaba siempre lo menos posible. Nunca me falta nada, pero tampoco me permití nunca gastos suntuarios o superfluos. Así el dinero que la Divina Providencia me mandaba para mis obras siempre fue empleado escrupulosamente; tanto es así, que en varias ocasiones la gente tenía la impresión de que yo recibía grandes sumas de dinero; hasta los mismos superiores lo creían. En realidad, yo nunca recibí grandes sumas, pero nunca me abandonó la Divina Providencia.

ANEXOS

ESTAMPAS RURALES

EL CURA DE MI PUEBLO

Por. J. Ramón Poveda

Para Magazine Dominical
Personaje típico y a la vez pintoresco, si bien respetado, de todas las villas.

Mas no en mi intención
militar en las filas de los humoristas
que lanzan su dardo picante y burlón
contra la raída sotana del Santo Varón;
ni sacarle "planchas", ni hablar de sus gafas,
ni de sus zapatos hablar a mis anchas.

No, señores: el fin que me propongo, como buen cristiano,
es contar en estas las santas maniobras
y ensalzar con ella la obra piadosa
que el señor Curita de mi caro pueblo
emprendió hace años tesoneramente
y que hoy, tras la larga y fructuosa maniobra,
su empeño y coraje tradujo en victoria.

Mas creo necesario mostrar a las gentes,
aunque en ello sea un tanto profano,
la estampa, diríamos, del Santo Patriarca
médula y cerebro de nuestra comarca:

Es nuestro Señor Cura de larga estatura,
delgados sus miembros y cubiertos éstos,
como un natural, de negra sotana muy fina y plan-
chada que,
a mí se me antoja, sirve al Reverendo de sobria
fachada

Y de ella emerge, como de un pedestal
un pálido rostro de perfil patriarcal.
De un incipiente calva despréndese la frente,
la frente de un justo altivo y jovial,
no obstante que el musgo de los duros años
trepa por sus sienas sin causarle mal.

Y en la base misma de su ancha frente,
dos cejas tostadas, finas y arqueadas,
sombreados los ojos azules y hundidos,
uno más abierto que el otro,
como si este último estuviese muerto,
pero que ambos cobran sin igual viveza
cuando los inunda la luz de la iglesia.

Allí, a la sombra de su larga nariz,
dos labios delgados, lozanos y puros,
de la sonrisa muestran el dulce matiz,
no borrada aquella ni por la tristeza
que en él no hace mella.

Y como no es colombiano,
se vale de ella para su misión de hermano,
pues se me olvidaba decirle que el señor Cura
Párroco
saluda desde Misia Clema hasta Doña Elisa;

Y pide limosna y da bendición
y dice la misa e imparte el perdón,
y también predica, conversa y platica;
y así por los campos, montado en su "cicla",
luciendo su ruana y su borsalino,
sonriente y tranquilo
recorre caminos el Santo Curita.

Y ahora sí le cuento las santas maniobras
de Don Miguelito, como así lo llaman
confianzudamente.

Al señor Curita, recién llegado
a las bien trazadas calles de mi adusta villa,
ocurriósele un buen día
tumbar la capilla, dizque por estar muy fea.
Y diciendo y haciendo desbarajustó
la iglesia donde fue bautizado mi hermano menor
y donde yo, en mis tiempos de pío chiquillo,
gané los tres pesos por ser monaguillo...

Adiós, mis recuerdos
de las longanizas asadas en el incensario.
Adiós los recuerdos de negros pellizcos
que las viejas beatas aplicaban en mis posaderas
dizque por "chorriar" el piso con las estearinas
y con los aceites...

Y adió los recuerdos de mis incursiones
a la sacristía para hurtar el vino.

Y a fuerza de empeño y de sacrificios,
de rifas y de becerradas con novillas bravas
y de pura casta que solicitó enviara el buen Don
Francisco,
y de las limosnas y de los bazares
al que todos los fieles mandaban su parte,
el Muy Señor Mio nos ha levantado un hermoso
templo
igual que una basílica.

Y hablando con Don Pancho, creyente hacendado,
con Doña Clara, señora de plata y alma piadosa,
y con Don Luis, rico comerciante de suelto bolsillo,
y con el apoyo de las matronas y de concejales,
más el óbolo espontáneo de los caballeros,
levantó ladrillos, baldosas y cemento,
importó de Roma parleras campanas y finos
vitrales;
y las damas todas bordaron estolas, manteles y
capas,
cortinas, roquetas y albas;
y toda la ciudadanía, desde las noventonas hasta
los de meses,
cargaron baldosas desde la estación
hasta la plazuela de la construcción:
don Pedro, don Chepe y don Juan,
Alcalde, dentista y letrado,
obrero, peón y hacendado,
todos, lo repito, llevaron a cuestas

pesadas baldosas
desde la estación hasta la plazuela de la
construcción.

Y así como ellos, las damas cargaron sobre sus es-
paldas dos, tres, cinco ladrillos,
con todo el coraje,
envueltos en periódicos para favorecer el traje,
desde Doña María, anciana matrona de noble
linaje,
hasta la humildad gacela de la lejanía.

Y así poco a poco, sin desfallecer
y apoyado siempre en la mano de Dios,
nuestro Buen Apóstol, amable y sonriente,
incrustó en los cielos
dos cobrizas torres de corte imponente.
Y bajo ellas las naves celestes y llenas de luz
encierran los misterios de nuestra religión,
a la vez que sirven de regia mansión
al que sólo pide de los hombres amor.

Y mientras las campanas lanzan al viento su
polifonía,
llenando con sus notas del azul la lejanía
e iluminando un mundo de error ensombrecido,
al llegar a mis oídos sus voces argentinas
puedo yo, como Nieto, decir enternecido:

"Campanas de mi pueblo, campanas mías,
cómo sonáis en mi alma todos los días.
Y al oiros ahora con gran cariño,
a través de los años vuelvo a ser niño".

(Tomado de Magazine Dominical, "El Espectador" Setbre. 1/1963).

25 Años de Sacerdocio "REVERENDO PADRE MIGUEL MULLER"

Pleno de merecimientos, como enriquecido con todo linaje de cualidades, llega a sus Bodas de Plata Sacerdotales el "Padre Müller". Así se le conoce en los núcleos sociales de todas las categorías: sencillo en su trato como grande en su alma, generoso en su manera como rico en sus virtudes, reconocido por sus beneficios, querido de todos.

Hablar de las obras desarrolladas por su original manera de ser, es tarea inmensa; pero si sus obras espirituales guardan paralelo con lo celestial, las obras materiales, complemento de las primeras, son elocuente testimonio de su voluntad creadora. Díganlo si no las ciudades de Cúcuta, Neiva, Mosquera..., entre otras, en donde dejó esculpida su labor maravillosa en templos y colegios monumentos de estructura moderna que son ornato de estas y muchos otros lugares del país.

En la actualidad prosigue su apostolado en la ciudad de Ciénaga, departamento del Magdalena

afortunados habitantes de esa comarca-; allá pueden dirigirse los necesitados para recibir buen consejo a sus penalidades; pero especialmente a él deben acercarse los gobernantes y los pudientes para darle ayuda afectiva en sus proyectos y velar por su persona -contextura brocínea que ha soportado la inclemencia de todos los climas-; esa la manera de ser grande.

Queremos hoy todos sus admiradores colocar sobre su corazón la Cruz de Oro, voluntad de católicos, mientras la Patria agradecida, por medio de sus gobernantes coloca sobre su pecho la cruz de Boyacá.

Desde nuestra posición de colombianos saludamos al exponente de una estirpe siempre grandiosa, el Pastor de una de las comunidades religiosas más fecundas, uniéndonos a quienes fervorosamente le rinden en este día homenaje de gratitud reverente.

Rafael Berrio

CINCUENTA AÑOS EN COLOMBIA CUMPLIO EL PADRE MÜLLER

Por: **Carlos J. Mendoza G.**

El 5 de Noviembre de 1933 llegó a Colombia el Padre Miguel Müller: es un alemán consagrado, bávaro teutónico pero nunca nacional socialista; de familia campesina como San Juan Bosco y por eso ingresó a la Comunidad Salesiana, después de cultivar la tierra y de adquirir una cultura extraordinaria; era novicio y recibió en Bogotá la ordenación sacerdotal y sobre su vocación al magisterio en la algarabía de los estudiantes, dedicó su vida a propagar la devoción a María Auxiliadora. En su honor levantó siete santuarios.

Cuando visitaba a Sevilla en España contemplé un monumento a Cristóbal Colón alzado triunfalmente sobre caballeros armados de coraza, escudos y lanzones, como si anduviera desandando los siglos para revivir la historia y pensaba que los siete templos levantados son el pedestal del Padre Müller.

Siete iglesias como la historia del arte; el amor sacerdotal hecho iniciativa, su ingenio alemán con-

vertido en leyenda, su trabajo salesiano condensado en arquitectura. Levanta el primer santuario, lleno de ojivas y vitrales, en el Noviciado salesiano de Mosquera (Cundinamarca)... el segundo en Cúcuta, de esplendoroso arte moderno, con la mariología escrita en las policromías de los ventanales, enmarcado en lujo para la Madre, arropado en cortinajes y jardines e iluminado con lámparas relucientes... el tercero en Neiva (Huila) con el sello de su personalidad mariana... el cuarto en Ciénaga, salpicado de oleajes y de redes como un puerto... el quinto en Bucaramanga en la vieja fundación de Don Bosco, cuando la Diócesis ascendía a Metropolitana... el sexto en la zona rural de la línea, entre los cañaduzales campesinos, camino de las petroleras, donde la pobreza se siente agradecida por el regalo del templo... y el séptimo en Gigante (Huila) como un puntal de la devoción auxiliadora en el corazón del país.

Y estos siete santuarios, apenas concebibles en la actividad de un hombre, con tradiciones góticas y realidades modernas, con actualidad acogedora abierta a la esperanza constituyen el testimonio de una convicción; así la torre de Cúcuta tiene 33 metros, como 33 son los años de Cristo en la tierra. El cuadro precioso que centra la liturgia, la glorificación de María Auxiliadora, copia más bella que el original de Turín (Italia), con los apóstoles, los profetas y los evangelistas que escriben y casi hablan.

Y si leemos en la Biblia (cap. 6 y 8 del Libro de los Reyes) la dedicación del templo de Salomón y meditamos la liturgia de la consagración de un templo, comprendemos la obra y el mérito del Padre Müller y por qué María Auxiliadora está edificando un trono para su hijo sacerdote tan devoto.

El Padre Müller ha sido un sacerdote ejemplar; tan sereno y tranquilo que donde pone el pie establece fortaleza, tan equilibrado que cuando sonríe está abriendo todas las puertas, cuando saca la chequera de las abundantes donaciones está girando en blanco, suprimiendo los límites de la generosidad; hay en efecto un desfile de necesitados y él se hizo la providencia de familias vergonzantes con el pan de cada día. Se siente realizado contemplando a María Auxiliadora en su santuario y orgullosamente humilde sabe escaparse del respeto cariñoso de los potentados, para acudir a beneficiar las zonas rurales, como la presencia de Don Bosco.

Es una gloria de la Comunidad Salesiana; es una reliquia de Cúcuta, es respetado y amado por la juventud, es un misionero impulsador de las vocaciones, es el Padre Miguel Müller.

(Diario de la Frontera Domingo 13 de Noviembre de 1983)

Enero 5 de 1986.

Impreso en los Talleres Gráficos del
Instituto San Pablo Apóstol
Tel.: 202 79 19
BOGOTÁ-COLOMBIA

“Muchas personas superiores y hermanos me han pedido que escribiera algo sobre mi Vida. Por muchos años me resistí a esta sugerencia porque no es fácil hacer una autobiografía sin que la propia persona sufra su deformación, ya que es tendencia muy humana al dejar la persona del escritor en el mejor aspecto. Con todo, hago el intento porque son tantos los detalles en mi Vida que pueden servir de edificación del Reino de Dios y de promoción de la devoción a María Auxiliadora. Si logro estos dos objetivos quedaré ampliamente satisfecho.”

MIGUEL MÜLLER